

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 30 de Setiembre de 1880.

N.º 18.

SOBRE EL LLAMAMIENTO DEL PATRIARCA SIRIO

Á LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES.

Recordarán nuestros lectores el llamamiento elocuente redactado á nombre del Patriarca sirio, y la excitacion que hacíamos á los católicos españoles para que correspondieran á él segun sus fuerzas. Han empezado los donativos, y sin ser profetas podemos augurar un éxito satisfactorio.

A fin de contribuir á ello en lo posible, cúmplenos dar algunas noticias sobre la Iglesia siria y el Patriarcado de Antioquia. No todos recordarán, de seguro, las páginas de la historia eclesiástica á que nos referimos, é ignorarán que, digámoslo así, se pueden añadir á ellas otras muy notables.

Casi desde los albores del Cristianismo la Iglesia siria se puso, si vale la expresion, á la cabeza de todas. Debe su renombre de un modo especial al hecho de haberla fundado el Principe de los Apóstoles, que tuvo su primera Sede, como es sabido, en Antioquia. Nos extenderíamos demasiado á describir sus progresos en las artes, como tambien á enumerar siquiera sus mártires, sus santos y sus doctores. Sucedió

allí lo que ha pasado siempre y lo que ocurrirá hasta la consumacion de las edades. Así los individuos como las naciones que no se apartan del centro de la unidad católica son como los árboles plantados junto á la corriente de las aguas, que dan á su tiempo frutos bellos á la vista, y al paladar gustosísimos. Gozan entonces su edad de oro y ofrecen un espectáculo deleitable para los descendientes de Adán, no menos que para los moradores del Empíreo.

Si á lo dicho se agrega que se dió en Antioquia por primera vez á los fieles la denominacion gloriosa de cristianos, y que aquel patriarcado no se ciñó á la Siria, extendiéndose á la Persia, á la Mesopotamia y á la Armenia, teniendo jurisdiccion sobre los metropolitanos, arzobispos y obispos de tales provincias, nadie se maravillará de su fama en los primeros cuatro siglos de la Iglesia de Dios.

Desgraciadamente cambió despues la cosa de aspecto. A mediados del siglo siguiente se propagó entre los sirios la herejía de los monofisitas, gracias á Jacobo Zarzalo ó Zazalo, por quien denomináronse Jacobitas. Constituyeron una jerarquía eclesiástica que empieza en Severo, jefe de la secta de los



ILMO. GUILLERMO MASSAJA, de Menores Capuchinos, vicario apostólico dimisionario de los Gallas. (Pág. 417).

acéfalos; no pocos despues, como él, usurparon el título de Patriarca.

La situacion de aquel país empeoró grandemente, gracias á los musulmanes, eclipsando las guerras civiles y sus consiguientes desastres el esplendor de los siglos anteriores. A la civilizacion sustituyó de nuevo la barbarie, y á la sabiduría la ignorancia más vergonzosa, siguiendo en estado tan infeliz hasta el siglo XVII, en que pudieron los fieles abrir el corazon á consoladoras esperanzas.

Es inútil decir por qué. Empezó á formarse una comunidad de sirio-católicos que tenían á su cabeza un Patriarca legítimo. Unido entonces á la Iglesia romana, pudo aquel país seguir su gloriosa carrera, interrumpida durante tanto tiempo, y organizar una floreciente comunión en medio de los herejes y de los mahometanos. No escasearon las persecuciones y los padecimientos, como en breve se verá; pero sucedió allí lo que pasa en todas partes, á saber, que durante los días de prueba los fieles se acrisolan, obteniendo á la postre victorias esplendidasimas. El yunque acaba por gastar el martillo, y queda brillante ó refulgente.

Como era de suponer, tanto los turcos como los jacobitas maltrataron terriblemente á los defensores de la flamante Iglesia, que contenia en su seno gérmenes de prosperidad y de salud. Alguno de sus patriarcas fué proscrito y asesinado. Otros fueron perseguidos con encarnizamiento. Maltrataron, en fin, redujeron á prision ó golpearon á no pocos prelados venerables. Como de costumbre, los verdugos reemplazaron á los sofistas. Detrás de las sutilezas vergonzosas de los heresiarcas vinieron las espadas terribles de los infieles. Los alfanjes de los hijos de Mahoma hiciéronse servir de una manera especial contra los cristianos de Siria, y frecuentemente debieron morir los que se negaron á prevaricar. Los templos se transformaron en mezquitas y las bibliotecas fueron incendiadas. Volvió el Oriente á quedar sumido en las tinieblas de la ignorancia, sin embargo de que habia conseguido subir á la cumbre del saber. Que lo recuerden de continuo los desventurados que hablan de conflictos absurdos é imaginarios entre la Religión y la ciencia.

En 1788, despues de sufrir muchas vejaciones, el patriarca Miguel Giarve debió refugiarse en el monte Líbano. No teniendo con que sustentarse ni con que acorrer á sus iglesias, á semejanza de lo hecho recientemente por el actual, envió á nuestro país un monje llamado Elías para reunir fondos. Con la moneda que generosamente le dieron los españoles hizo mucho bien y estableció el único Seminario de la nacion siria, debido, como el llamamiento mencionado dice, á la munificencia de una duquesa de Villahermosa. No sin razon la denominó fundadora de aquel establecimiento el Papa Pio VI.

La insurreccion de los musulmanes ocurrida en 1850, en Alepo, perjudicó grandemente á los sirios católicos. Asi el templo como la residencia del Patriarca y una preciosa biblioteca fueron incendiados. El Rmo. Pedro Giarve fué arrastrado por las calles y sacó muchas heridas, no pereciendo á manos de los feroces musulmanes por una especie de prodigio.

Subleváronse otra vez éstos en 1860 contra los cris-

tianos en Damasco y el monte Líbano, sufriendo tambien naturalmente mucho los católicos sirios. En aquella memorable ciudad destruyeron la iglesia y el palacio arzobispal. En el no menos famoso monte Líbano fué saqueado y reducido á cenizas el convento de San Efren; perdió además la vida uno de sus sacerdotes.

No obstante todo esto, la Iglesia de Siria progresó rápidamente, cumpliéndose lo que ya decia san Hilario de Poitiers cuando, de orden del autor del arrianismo, fué desterrado á la Frigia. En su célebre tratado *De Trinitate* se lee: «La Iglesia triunfa cuando es herida; se comprende mejor cuando es redarguida, y hace adquisiciones más extraordinarias cuando es abandonada.» Al empezar las primeras conversiones tras once siglos de herejías, los sirios católicos contaban únicamente con el obispo de Alepo. Hoy tienen ocho Sillas episcopales, además de la diócesis patriarcal de Mardin, en Mesopotamia. La fecundidad de las Misiones católicas no se ha desmentido allá. En Oriente, como en todas partes, no dejan de obtener las victorias más brillantes sobre la infidelidad y la herejía.

Obvio es que no han cesado las persecuciones ni las dificultades. El Rmo. Ignacio Jorge Schelhot, desde que ascendió en 1874 á la Silla patriarcal, debió sostener muchísimas contradicciones, no sólo por parte del Gobierno, sino tambien por parte de los jacobitas y de los neo-cismáticos armenios que se llaman Eupelianos. Cuatro años tuvo que permanecer en el monte Líbano, lejos de su Sede.

Con todo, Dios en sus bondades le ha reservado muchos consuelos, y parece que se los proporcionará mayores aún antes de que trueque las sombras del destierro actual por los esplendores de la bienaventuranza futura. Merced á su celo, ha podido abrir seis nuevas Misiones en la Mesopotamia y una en Adana, siendo inútil añadir que los religiosos de ellas, no menos que los de otras, han ganado para el Catolicismo no pocas almas entre los sacerdotes y el pueblo jacobita. No le ha desalentado la pobreza, porque la historia le dice que no ha impedido la propagacion de la comunidad siria, y porque conoce que Dios, en sus altos designios, la permite para que aún los misioneros atribuyan á Él los progresos maravillosos que consiguen. Sabe además, por propia experiencia, que los recursos acaban por venir de donde menos se aguarda; nunca olvida, en fin, que con los generosos auxilios de la Congregacion de la Propaganda y con los de la Pia Obra de Lyon pudo dar á sus Misiones capillas, escuelas, maestros, etc. Aunque han aumentado las obligaciones y se han concluido casi los medios de que dispone, no desmaya, recordando aquellas palabras de nuestro adorable Redentor: «Mirad las aves del cielo como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho más, sin comparacion, que ellas?»

Ya lo saben nuestros lectores. Aun olvidando las necesidades crecientes de las Misiones, un motivo especial existe para socorrer generosamente al patriarca de Siria. Más de sesenta mil herejes de la Mesopotamia se muestran inclinados á salir de la herejía y entrar en el seno de nuestra Madre divina. Provistos los protestantes de recursos abundantísimos, hacen y harán lo posible para

que no se pueda escribir una brillante página más en la historia del Catolicismo. ¿Quién duda que los católicos de todas las naciones procurarán, por el contrario, reducir á la impotencia sus abominables esfuerzos?

De un modo especialísimo lo debemos procurar los españoles. El Rmo. Schelhot se dirigió recientemente á la sagrada Congregacion de la Propaganda, regida por el eminentísimo señor cardenal Simeoni, que dejó tan hermosos recuerdos en nuestra España, exponiéndole la imposibilidad en que se halla, no sólo de abrir nuevas Misiones, sino de proporcionar lo que necesitan las fundadas anteriormente. El insigne Purpurado, no sin someter el asunto al egregio sucesor del inmortal Pío IX, creyó conveniente autorizar al Ilmo. Sr. D. José Memmarbachi, corepiscopo de Siria, y á D. José Schelhot, secretario de aquel Patriarcado para las lenguas extranjeras, á fin de que hagan una colecta en nuestro país, para la que tienen todos los permisos necesarios. Hubiera podido preferir á nuestros fervientes hermanos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de América, etc. No lo ha hecho, y sería una mengua para nosotros que se arrepintiera más tarde de su conducta.

No será, de seguro, no será. Los católicos españoles cumplirán con su deber en estas circunstancias, cual en todas, probando al mundo que ansían realizar cosas grandes y cumplir sus gloriosos destinos.

(La Civilización).

TREBISONDA.

V.

IGLESIAS QUE QUEDARON Á LOS CRISTIANOS.

Dijimos ya que los turcos, despues de la toma de Trebisonda, habian abandonado á los cristianos las iglesias de la ciudad baja: á consecuencia de la falta de recursos y de la negligencia del clero griego la mayor parte de ellas se arruinaron. Sin embargo, estas iglesias arruinadas son todavía hoy, para los sacerdotes griegos, origen de pequeños beneficios. Una vez al año, el día de la fiesta del santo patrono respectivo, van á celebrar en ellas la misa, á cielo descubierto, en presencia de gran concurso de pueblo. Las únicas iglesias que se han conservado son las de San Basilio y de san Gregorio Niseno.

I. *Iglesia de San Basilio*.—Construida por Belisario y restaurada por Justiniano, esta iglesia tiene, sin embargo, la forma bizantina prolongada. La cúpula, sostenida por cuatro columnas, está adornada con multitud de antiguos frescos. Hoy es una de las principales parroquias griegas cismáticas de Trebisonda.

II. *Iglesia de San Gregorio Niseno*.—Hemos hablado en el primero de estos artículos de un templo de Apolo levantado por Diocleciano. Hacia el siglo V ese templo fué convertido en iglesia cristiana bajo la advocacion de San Gregorio Niseno. Más tarde, encontrándosele demasiado pequeño para iglesia metropolitana, fué demolido el antiguo templo de Apolo y se erigió en su reemplazamiento la metrópoli actual (pág. 413). Sensible es que haya sido destruido ese templo. Las columnas de mármol, demasiado cortas para la iglesia nueva, fueron abandonadas, y yacen por los alrededores hundiéndose poco á poco en tierra.

La iglesia de San Gregorio posee los restos mortales de David, uno de los últimos príncipes de la Georgia. Debajo, en la roca, se encuentra la capilla de San Andrés. Allí, segun la tradicion, el Apóstol predicaba el Evangelio á los habitantes de Trebisonda.

III. *Santa Marina*.—Algo más léjos, sobre una roca, cerca del faro, se levanta todavía un castillo construido por los genoveses (pág. 413). Estos, habiendo obtenido de los Comnenos la cesion de este terreno, habian establecido en él su barrio y sus factorías, y elevado una iglesia bajo la advocacion de Santa Marina. Despues de la partida de los genoveses los turcos demolieron el barrio, las factorías y la iglesia para instalar en su lugar un parque de artillería. A alguna distancia de allí los griegos construyeron bajo la misma advocacion de Santa Marina una iglesia donde transportaron las imágenes y los cuadros de la iglesia antigua. Hoy no queda más que una pared y el castillo llamado genovés.

IV. *Otras iglesias*.—Todavía hay en la ciudad una porcion de iglesias bizantinas, siendo las principales la de San Basilisco mártir, la de la Transfiguracion, la de San Teodoro, la de San Constantino, la de la Asuncion y la de Santa Ana.

En las alturas de Trebisonda se halla otra iglesia llamada la Theoskopasti (cubierta por Dios), cuya bóveda está formada por la roca. Está dedicada á la Virgen santísima; mide 10 metros de largo por 6 de ancho, y recibe luz por dos ventanas abiertas una á cada lado de la puerta. Está adornada de numerosos frescos. De la peña deslízase en la iglesia un agua á la que se atribuye la virtud de curar ciertas enfermedades, siendo su principal cualidad ser muy ligera y excesivamente fria. Cerca de la ventana de la derecha distínguense, ennegrecidos por el humo de los cirios y del incienso, los retratos de Alejo III, de Teodora su mujer y de su madre Irene.

En su alrededor hay un convento de monjas, una cárcel para mujeres y un cementerio. Una vasta pieza, de la cual no quedan más que las paredes y desde donde se ve todo el panorama de la ciudad, servia de sala de descanso á los Comnenos cuando visitaban el monasterio, entonces rico y muy poblado. Hoy únicamente está habitado por algunas mujeres vestidas de negro, que más parecen mendigas que monjas. Una pequeña cama en el suelo, un tarro de agua, una canasta colgada de la pared conteniendo un poco de pan, algunas aceitunas y queso, un cuadro de la Virgen delante de la cual arde una lámpara, hé ahí todo el mobiliario de sus celdas. Las de las reclusas tienen por único mobiliario una estera, una manta y un jarro de agua. Cada religiosa come aparte y vive de las limosnas que recoge. Las Hermanas cuidan de la iglesia y cosen para la gente del país.

El cementerio, muy grande, contiene muchas tumbas antiguas cuya descripcion daré más adelante. Tambien hay allí una iglesia construida por el metropolitano actual, Constantino, y puesta bajo la advocacion de san Constantino. Este prelado, de 89 años de edad, hizo erigir en ella, hace diez y nueve años, su propia tumba, magnífico mausoleo que remata en una cúpula apoyada sobre cuatro columnas. A los cuatro lados arde una lámpara, y en medio de la cúpula vése á Jesucristo dando la bendicion con los tres dedos, segun costumbre oriental.

A poca distancia de la ciudad, hacia el río Pixitis, hoy Deirmen-Deré (río de los Molinos), elevanse en un cabo las ruinas de una iglesia de la Virgen que se remonta á la época de los primeros emperadores; pero se ignora el nombre del fundador. Muy cerca de allí habia un convento del cual únicamente quedan algunas ruinas.

Entre la ciudad y este cabo se encuentra un enorme peñasco en el cual está excavada una capilla dedicada á san Sabas. Una pequeña plaza separa esta capilla de las rocas que forman la montaña de Baztepé, y donde se ven grutas cuyas paredes están cubiertas de imágenes y de cuadros. Esas grutas estaban habitadas por ermitaños: en la plazoleta inmediata elevábase un convento llamado de San Sabas. Allí se encontraba tambien la necrópoli, pero ningun rastro queda de ella, habiendo sido cegada por los amontonamientos de tierra y por los destrozos de las rocas. Esta necrópoli sirve hoy de cementerio á los griegos y á los armenios católicos.

Las antiguas piedras sepulcrales eran trozos de peña de un metro de altura, labradas por el interior. Una puerta de hierro cerraba esta especie de armario, donde ardía una lámpara: en ciertos dias se encendian cirios. En uno de sus lados se leía el nombre del difunto: en el interior y en el exterior de la puerta, las letras HC. XC. (Jesucristo). Todavía hoy se emplean piedras sepulcrales de esta forma, pero muy raras veces: úsase más comunmente una columna corta, con un nicho sin puerta, sobre la cual no se lee más que el nombre del difunto.

A N A M.

Carta del Rdo. P. Evaristo Torres, misionero dominico, al M. Rdo. P. Fr. Ramon Martinez Vigil, Procurador general.

Hong-Kong, 16 de Julio de 1880.

Mi muy querido é inolvidable Padre: Las alarmantes noticias que van llegando del Tong-king central me obligan á escribir á V. R. á fin de que pueda emplear esa actividad que Dios le ha dado en beneficio de nuestras Misiones anamitas.

En la presente no hablaré más que de la del Tong-king central, que ya sabe V. R. es la que tiene mayor número de cristianos y una de las más florecientes; y está tan bien organizada, que en Roma la han propuesto como modelo á las demás que se están formando de nuevo. Los cristianos son de los más fervorosos que he conocido: no en balde se regó aquel suelo con la sangre de tantos mártires, gloria y corona de nuestra Provincia del Santísimo Rosario, muchos de ellos ilustres compatriotas nuestros, cuyas voluminosas actas se han mandado á Roma, y tal vez no tardemos en venerarlos en nuestros altares. He visto á muchos cristianos anamitas llevar pendientes del cuello con gran veneracion pequeñas reliquias de los venerables Berriochoa, Hermosilla, Almató y otros.

—¿Qué es eso que llevas ahí? pregunté un día á un catequista: y mostrándome una porcion de reliquias, me las fué explicando una por una.

—Esta, decia con gran respeto, es de mi abuelo que

murió por la fe; esta otra de un hermano mio que fué degollado porque no quiso apostatar, etc., etc.

Confieso francamente que me causaba devocion la explicacion que dicho catequista, nieto y sobrino de mártires, me iba dando de sus reliquias.

—Pero tú, le pregunté, ¿cómo te libraste de aquella persecucion?

—Yo no era digno de recibir la corona del martirio, me respondió; y como tenia pocos años se contentaron con darme unos cuantos azotes.

En esta floreciente Mision tenemos un gran colegio que llaman de Moral, donde se instruyen numerosos colaboradores indígenas bajo la direccion de un misionero, quien además debe cuidar de un distrito de 4,000 cristianos distribuidos en 16 cristiandades diseminadas en una extension de 5 leguas. En los seis primeros meses de este año ha tenido la dicha de bautizar ya 200 adultos, sin contar los párvulos, que aún cuando le sirven tambien de grande alegría al misionero, no le cuestan tantos sudores como aquellos.

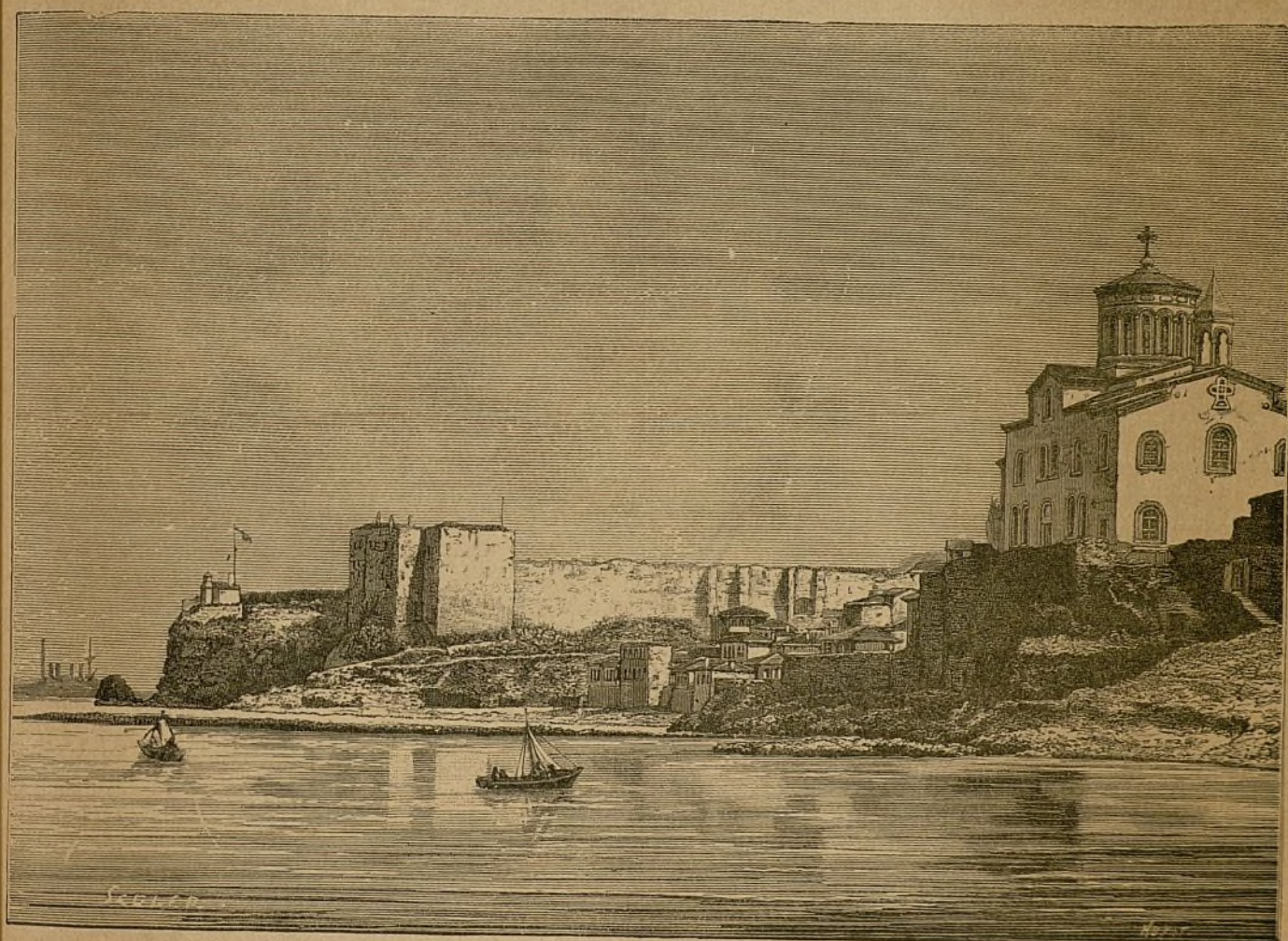
Los estudiantes de Moral se ejercitan tambien, como soldados que á su tiempo han de entrar en batalla, en la formacion de las nuevas cristiandades; y segun el modo ó aptitud que manifiestan, reciben en la santa milicia el grado que les corresponde. Este ejercicio es para ellos muy conveniente, porque les proporciona fuerzas espirituales para luchar contra mundo, demonio y carne, y les sirve tambien como de prueba, pues además de la paciencia que deben ejercitar y que es una de las virtudes más necesarias al misionero, el Padre que les dirige puede formar un concepto de su aptitud ó incapacidad para ascender ó no despues al sacerdocio; y como son jóvenes y no se les ordena hasta la edad de treinta años, hay tiempo para conocerlos. El que no es apto para recibir las órdenes mayores, sólo recibe las menores; y al que ni para estas sirve ó no ofrece completa confianza, se le deja de catequista. Entre estos hay tambien sus grados, y todos, segun el talento que Dios les ha dado, trabajan admirablemente y son muy útiles á la Mision.

En ese país al que se hace cristiano parece que todos los gentiles tienen derecho á insultarle, los mandarines á perseguirle y los parientes á desheredarle: si es un pueblo el que se convierte á nuestra Religion, los demás pueblos gentiles se apoderan de sus terrenos: en fin, los gentiles miran como bienes mostrencos todo lo que pertenece á los nuevos cristianos. Los mandarines intervienen en el asunto, y claro está que como el leon de la fábula no se han de quedar con la peor parte de la presa. En todo esto los nuevos cristianos no tienen otro abogado que les defienda más que el misionero, quien ayudado de los estudiantes de Moral persuade á los *incautadores* de lo ajeno que el ser cristiano no es un delito castigado por las leyes del Imperio, antes al contrario está permitido segun los tratados y al tenor de las leyes vigentes.

A eso hay que añadir otra calamidad que se ha hecho ya comun en el reino del Tong-king y que este año ha cargado con todo su peso en nuestro Vicariato central. Tal es el desbordamiento de un gran río que lo atraviesa y cuyo cauce es demasiado estrecho para contener la abundante afluencia de aguas en la estacion de las lluvias. La gran llanura del Vicariato es muy poco elevada, así es que en tiempo de lluvias sube el agua tres y cua-

tro metros sobre el nivel del suelo. Para contener las aguas en su cauce y evitar su desbordamiento construyen todos los años, asómbrese V. R., un dique de tierra á uno y otro lado del río siguiendo su curso; así es que por más que todos los años lo compongan y terraplenen, no sirve para contener la impetuosa corriente, y siempre se rompe por el mismo punto. En cambio, si las aguas destruyen los arrozales del infeliz anamita, la plata inunda el bolsillo del despótico mandarin, y aquí está el secreto de la continua ruptura del famoso dique. El rey destina á su construcción una buena suma, y los pueblos contribuyen también con un impuesto forzoso; pero como al mandarin no le conviene que se acabe el filon que explota, y por otra parte se le da un ardite que

se pierdan las cosechas, por esto opta por *terraplenar* la bolsa y dejarse de diques. Viene la inundación y dan parte de la desgracia á la Corte, echando la culpa á los idolos que rompieron el dique, y vuelta á nuevos presupuestos y contribuciones para reconstruirlo, quedando tan débil como antes y con deseos, por parte del mandarin, de que se rompa pronto. Demasiado conocen la maula los anamitas, pero ya se guardarán bien de chistar, al contrario, en su exterior tienen que manifestarse satisfechos, y si les pregunta el mandarin qué les parece dicha muralla, deben responder: «Muy fuerte, señor, y tan bien hecha que parece una roca; ¡viva! ¡viva!» De otro modo, si el mandarin ve que alguien no contesta alegre y con prontitud, teme que aquel sea quien le de-



TREBISONDA.—Vista parcial de la ciudad. (Pág. 411).

Faro.

Castillo Genovés.

Capilla de San Andrés.

Iglesia de San Gregorio.

nuncie á la Corte, y por esto le mete en la cárcel ó le retiene en otro lugar seguro.

Antes se recogían dos cosechas de arroz al año, con que tenían para el consumo y para vender: una en el mes 5.º y otra en el 10.º; pero desde que el río ha tomado la mala costumbre de desbordarse por el mismo punto, no se puede recoger más que la cosecha del mes 5.º porque las inundaciones son á fines de éste ó lo más tarde el 6.º, y continúan así hasta el 9.º mes, en que ya les es imposible plantar para recoger en el siguiente. Los pueblos estaban ya acostumbrados á esa calamidad que todos los años les privaba de la cosecha del mes 10.º, y con la del mes 5.º y lo que ganaban pescando ó dedicándose á trabajos mecánicos lo pasaban menos mal. Pero

este año ¡cuántos horrores causará el hambre en esta parte del Tong-king! Acaban de perder la única cosecha con que contaban, la del mes 5.º, y por cierto que se presentaba magnífica y abundante; pero cuando todos estaban ya preparando herramientas y local para guardar el grano, y esperaban con ansia que madurase pronto para salir de sus apuros y satisfacer sus deudas contraídas para mantener á sus familias, en la noche del 26 de Mayo salió el río de madre, y rompiendo el débil dique inundó los campos y los pueblos, llevando el terror por todas partes y frustrando todas las esperanzas.

Los mandarines al ver tal calamidad se encastillaban dentro de sus casas por miedo á los pueblos, que furios-

sos y medio desesperados gritaban amenazándoles y llenándoles de maldiciones. Las aguas que inundan los campos se elevan á cuatro metros. Los pueblos, aunque situados en terreno un poco más alto, están también inundados, y son muchas las desgracias personales. Los misioneros van de pueblo en pueblo, auxiliando á aquellos infelices y llevando el consuelo y la conformidad á los desgraciados neófitos.

El hambre vendrá sin remedio dentro dos ó tres meses, porque no tienen para más con el poco y mal arroz que han podido salvar zambulléndose en el agua. Cargados de deudas del año pasado, sin arroz en el actual, sin simiente para plantar en el venidero, sin medios para comprar este su único sustento, y sin tener quien pueda ni quien quiera prestárselo, ¿qué será de ellos? Este es el pensamiento que continuamente llena de congoja el corazón del misionero, que previendo lo que pronta é indefectiblemente tiene que suceder, no sabe á qué parte volver la vista para remediar tanta calamidad. Es verdad que la Provincia del Santísimo Rosario, como buena madre, jamás abandona á sus hijos, y que en tiempos calamitosos como el que amenaza les manda por triplicado las limosnas; pero ¿qué es todo eso para socorrer más de cuatro millones de famélicos?

En el año pasado se recogieron 8,000 niños, hijos de padres infieles que acudían á nuestros huerfanatos, obligados por el hambre que se sintió en el Vicariato central. Desde Enero del presente año pasan ya de 5,000 los que se han recogido por la escasez que había de arroz en algunos pueblos del mismo; ¿y cuántos no se recogerán dentro de poco tiempo cuando el hambre comience á sentirse con todo su rigor?

COREA.

(DIARIO DEL RDO. ROBERT).

12 de Marzo.

Acabo de saber que el Ilmo. Ridel vive todavía y que los diez y ocho cristianos detenidos con él no reciben otro alimento que el estrictamente necesario para no morir de hambre. Dos de ellos han sufrido tortura. Preguntando los ministros del rey á un fámulo del Ilmo. Ridel el nombre del lugar en donde se hallaba el misionero que dos meses antes habían visto con el Vicario apostólico, respondió:

—En Corea, donde tanto arrecia la persecución contra los cristianos, dos misioneros no pueden vivir juntos; y si alguno han visto con el Obispo, sería sólo de paso y debería partir luego, no sé á dónde.

Otro fámulo que sólo contaba diez y siete años, y cuya juventud hacía temer que la violencia del tormento le arrancase alguna confesión, al inducirle á apostatar y denunciar el escondite de los misioneros, contestó con firmeza:

—La religión católica nos prohíbe la apostasía y la denuncia de los que no han temido exponerse á la muerte para venir á enseñarnos.

El mismo correo me anuncia que la mayor parte de mis cristianos de K... han ido á refugiarse en los montes, y que mis objetos escondidos hacia un mes, han sido transportados por cuatro neófitos á una cristiandad en donde han sido de nuevo soterrados. No tengo noti-

cias del Rdo. Doucet ni de mis otros hermanos; sólo sé que todavía no han sido arrestados.

Mis cristianos me dicen que no puedo sin grave riesgo permanecer más tiempo con ellos, porque si los satélites vuelven á K... será ciertamente descubierto y preso. Envío dos cristianos á que me preparen otro escondrijo en las montañas del Norte, donde hay nieve hasta el mes de Agosto y tigres en abundancia. Les encargo compren dos casas: una en la parte menos habitada para mí, mi doméstico, su hijo y su mujer; y otra no muy distante de la primera para una familia de cristianos que, por si acaso viniesen paganos hacia aquel punto, les impediría subir más alto. Como en aquellos montes no se encuentra que comer, me preguntaban los cristianos:

—¿Qué será del Padre?

—No temais, les he respondido; aunque falte allí el arroz, comeré como vosotros patatas y avena.

20 de Mayo.

Mis cristianos partieron, regresando muy satisfechos al cabo de quince días. Habían comprado dos casas: una, con dos campos sembrados de patatas, costaba 7 francos; otra, más pequeña y rodeada de una hectárea de tierra laborable, costaba 4. Situadas en la pendiente de la montaña más alta de la provincia y muy poblada de bosque, habían sido abandonadas por los paganos á causa de los tigres, que habían devorado algunos de sus hijos. Todas las noches se oyen los rugidos de esos animales. Los habitantes de las cercanías cierran por prudencia sus puertas y ventanas con enormes troncos de árbol, desde que el sol se pone hasta la mañana siguiente. Muchas veces se han presentado tigres en pleno día para apoderarse de alguna res á sus propios ojos. Allí me encaminé para pasar el verano.

Por prudencia me procuré por 11 francos un fusil coreano que dí á mi sirviente. Esta arma es muy pesada, y para servirse de ella es menester aplicarle fuego con un carbon encendido, con grave riesgo de dañarse.

Antes de dirigirme á mi nueva residencia recibí un correo de Seul que me daba muchas noticias. —Los satélites, recorriendo las cercanías de K..., habían causado grave daño, pero á expensas de los paganos. Estos últimos, habiéndose apoderado de los objetos de los cristianos fugitivos, habían sido tratados como ladrones y apaleados por los mensajeros del rey, y á su vez habían tenido también que huir. —Hablabase con insistencia de una guerra próxima con el Japon, pero nada se sabe á punto fijo. —El rey de Corea había dicho á sus ministros: «Hasta aquí la ley del reino castiga de muerte á todo extranjero que se atreve á poner el pié en nuestro país. ¿Qué os parece si aboliésemos esta ley y despidiésemos para su país al obispo?» Uno de los ministros debió responder: «Extraño me parece el lenguaje del rey. Es la primera vez que oigo tales palabras. ¿Cómo despedir para su patria á un hombre que, con menosprecio de las leyes de nuestro país, se ha introducido furtivamente en Corea para enseñar al pueblo una doctrina perversa? Si el rey expulsa al obispo, ¿mostrarán empeño en prender á los otros cuatro europeos los satélites enviados en su busca?» A estas palabras dicen que el rey se limitó á ordenar que no maltratasen al obispo. —Por último, habiendo sido muertos

por los bandidos tres satélites encargados de buscar á los misioneros, parece que la persecucion será más violenta que nunca en el Sur de Corea.

El 3 de Abril, despues de haber oido en confesion á todos esos pobres cristianos que iba á dejar tal vez para siempre, partí acompañado de mi fámulo y de otros dos cristianos. No hacia mucho frio, pero el viento soplabá con furia. La víspera habia llovido, y á veces nos llegaba el agua cerca de las rodillas. Dirigiéndonos al Norte, pronto encontramos nieve.

Esta jornada me costó más que todas las anteriores reunidas. Durante estos dos meses de destierro habia perdido gran parte de mis fuerzas á consecuencia de los malos alimentos del país. A medio dia, la fatiga no me dejó dar un paso más, y tuve que sentarme al pié de una alta montaña. Comí un poco, y mis cristianos, al ver mis piés hinchados y despellejados, me dijeron:

—Padre, es preciso confesar que el camino del cielo es muy costoso.

—Así es, contesté; pero ¿qué recompensa despues de esta vida tan corta comparada con la eternidad, y qué horribles tormentos para el que muere en pecado mortal!

Púseme otra vez en camino para descansar de nuevo despues de algunos momentos, y así sucesivamente hasta la noche, en que llegué á mi vivienda más muerto que vivo, y resuelto á no dejarla hasta haber concluido la persecucion.

Al dia siguiente de mi llegada (4 de Abril) examiné la posicion topográfica del lugar, y despues de muchos informes é investigaciones pude orientarme. Esta montaña es la más alta de todas las del circuito, y corresponde á la cordillera que atraviesa la Corea en toda su longitud. En las partes desnudas de arbolado elévanse á prodigiosa altura enormes peñas cortadas á pico que sirven de madriguera á los tigres. La víspera de mi llegada oyóseles rugir con más fuerza y frecuencia que de costumbre.

—Sin duda, decian mis hombres, rugen por última vez; pues apenas el Padre haya llegado no habitarán ya más estos parajes.

El caso parece inverosímil, y no obstante en el espacio de mes y medio que me hallo aquí no hemos oido ni un solo tigre. Los paganos que habitan al pié de la montaña han visto sus cerdos y sus perros arrebatados en pleno dia por los tigres, mientras mis cristianos y yo no hemos visto ni oido alguno de esos animales. ¿No podemos reconocer en esto un efecto de la proteccion divina?

El 15 de Abril un nuevo correo me trajo la noticia de que ninguno de mis compañeros de Mision habia sido preso, pero más de cincuenta cristianos del Sur de Corea habian sido encerrados en las prisiones de Seul, y muchos de ellos habian muerto de miseria. El asesinato de tres satélites por los bandidos ha agravado mucho la persecucion en el Mediodía del reino. Los cristianos huían por do quiera abandonando sus casas, sus campos y sus ganados. Partidas de bandidos recorren el país. La peste ha hecho tambien su aparicion, y el número de víctimas es considerable. En un pueblo de cristianos compuesto de doce casas han muerto nueve personas. En fin, los tigres causan grandes estragos, en

términos que en un solo pueblo inmediato á la capita han sido devoradas cincuenta personas en pocas semanas. El tiempo es malo, caen abundantes nevadas, y es muy de temer que tengamos otro año de hambre.

Los designios de Dios son impenetrables. ¿Qué reserva á este reino de Corea, donde tantos generosos mártires han dado con su propia sangre testimonio de su fe? Al ver tantos azotes descargados sobre su país ¿no abrirán al fin los paganos sus corazones á la voz del Evangelio? A mi modo de ver, la causa de tales sucesos debe buscarse en la obstinacion del rey y de los mandarines en derramar la sangre inocente de los cristianos. Se da libertad á los ladrones y á los asesinos, mientras los cristianos son degollados sin piedad. El mismo pueblo, horrorizado al ver tanta sangre humana derramada bajo tales pretextos, se pregunta cuál es el crimen de esos hombres que le parecen los más honrados del país. Roguemos á Dios que se digne en su misericordia perdonar á nuestros perseguidores, pues á semejanza de los judíos que crucificaron á Nuestro Señor no saben lo que hacen.

Hace un mes carezco de noticias. Véome como abandonado en las sinuosidades de este desierto monte, sin más alimento que un poco de arroz que es necesario ir á buscar á ocho leguas de distancia; algunas patatas heladas y hierbas silvestres, sin aceite ni condimento alguno. Los ocho cristianos que me acompañan van tal vez á morir de hambre, pues no se encuentra ya nada para comprar. Tengo todavía alguna cantidad de avena; pero ¿y despues? Dios proveerá. Mientras tanto espero con impaciencia el fin de esta persecucion. Tengo perdidas mis fuerzas, pero estoy lleno de confianza. No he venido á esta Mision para estar á mi gusto, sino para conformarme con la voluntad de Dios. A Él me abandono enteramente y acepto de buen grado las aflicciones y miserias de esta vida en expiacion de mis faltas, siendo para mí una dicha sufrir por Aquel que derramó su sangre hasta la última gota por la salvacion de los hombres.

TIBET.

Por los extractos de las cartas publicadas en otro número nuestros lectores pudieron hacerse cargo de la critica situacion en que ponen á los misioneros, y con ellos á la causa de la civilizacion en el Tibet, los viajes de exploracion extra-oficiales. Noticias posteriores del reverendo Giraudeau anunciaban las vejaciones cometidas á instigacion de los lamas contra la cristiandad de Bommé. Habiendo los viajeros austro-húngaros tomado otro camino, podía esperarse que todo quedaria reducido á amenazas. Por desdicha se habia excitado la susceptibilidad de las lamaserías, y dos cartas dirigidas desde Bathang al venerable Vicario apostólico por su hermano Alejandro Biet contenian los siguientes detalles nada tranquilizadores sobre el porvenir de aquella laboriosa Mision.

Bathang, 14 de Marzo de 1880.

Ayer noche el mandarin civil nos ha llamado por medio de una comunicacion poco grata. Acababa de recibir del tercer gran mandarin chino (1) un aviso fechado la víspera. Llegado á Kiang-ka este funcionario encontró á varios lamas principales delegados de las tres gran-

(1) Este mandarin chino habia llegado de Lhassa para detener á los austro-húngaros, y envió á Bathang el mencionado aviso desde Kiang-ka, por donde pasaba al volverse.

des lamaserías y del rey de Lhassa. Habiéndoles dicho el gran mandarin que los viajeros habian cambiado de ruta, contestaron:

—Quedan todavía europeos en Bathang.

—Estos, contestó el funcionario chino, hace mucho tiempo que moran allí, y no conviene expulsarlos.

—Si tú no puedes, replicaron los ламас, corre por nuestra cuenta y responsabilidad.

Esos ламас reúnen 4,000 hombres para combatir, dicen, á los bandidos.

El mandarin civil enviará hoy á Tchru-pa-long al mandarin militar con soldados y al segundo jefe indígena. Él mismo irá despues, y luego el jefe indígena volverá para guardar el pueblo, de miedo que los tibetanos, despues de rodear á los bandidos, los empujen secretamente hácia Bathang, á fin de echar sobre ellos toda responsabilidad.

Es evidente que Yerkalo va á encontrarse en gran peligro, y así lo tengo expuesto al mandarin que debe dar órdenes para que este sitio esté protegido. La perspectiva es poco lisonjera. El mandarin va á enviar inmediatamente á Tchen-tu instrucciones al pretor; pero ¿llegarán á tiempo y se podrá conjurar toda desgracia?

Bathang, 15 Marzo 1880.

El mandarin civil nos ha comunicado las últimas noticias de que ha sido portador un soldado tibetano de primera clase de Kiang-ka. Este hombre lleva escritos para todas las lamaserías y para todos los jefes indígenas, exceptuados los de Bathang como culpables de recibir á los europeos, de guiarles, de darles hospitalidad, etc. Dichos escritos recomiendan que se nos susciten toda clase de obstáculos sin reparar en los medios y sin temor alguno. Por el momento reúnese gente armada en Kiang-ka. Despues del regreso del tercer mandarin chino se ha convenido en decir que dichas fuerzas debian combatir á los bandidos; pero el ataque de éstos no es más que una añagaza, y la destruccion de las cristiandades de Bommé, Yerkalo y Bathang, ya resuelta al acercarse el conde Szechensy, queda á la orden del día, puesto que, segun nuestros enemigos, los viajeros europeos vienen únicamente por invitacion nuestra. Los legados chinos conocen ciertamente las intenciones de los tibetanos, y lejos de ponerles obstáculo alguno, proporcionan á su mensajero un pasaporte que le permita encontrar caballos á largas distancias, mientras mantie-

nen á oscuras al mandarin civil, tan interesado, no obstante, en conocer lo que ocurre ó lo que se intenta.

Este último, advertido por el tercer delegado de los preparativos de que es teatro Kiang-ka, ha enviado inmediatamente al coronel Ly á Pa-mu-tang para detener á los tibetanos que traten de pasar la frontera, y ha ordenado tambien á los jefes indígenas que guarden las avenidas. El mismo mandarin está dispuesto á ponerse en camino apenas pueda dejar su pretorio sin peligro, mas ¿conseguirá conjurar la tormenta? Todos sabemos que la guarnicion china es débil. ¿Puede contarse con los jefes indígenas y sus principales soldados? ¿Hay que fiar en los colonos de la lamasería? ¿Podrá el sub-prefecto tibetano de Dzong-gun impedir un ataque á Yerkalo? A pesar de toda su buena voluntad, el mandarin civil chino no está tranquilo.

Por esto escribo hoy á V. I. para que, como superior de la Mision, pueda luego comunicar al pretor nuestra posicion. Ese alto funcionario, superior regular del Tibet, es el único que puede ahuyentar los peligros que nos amenazan. Con los informes de V. I. tal vez pueda todavía tomar las medidas urgentes. Es inútil observar cuán difícil sería que pudiésemos volver despues de ser violentamente expulsados.

En este momento un viejo lama, amigo secreto de los misioneros, acaba de decirme que ayer llegaron á la lamasería tres hombres de Kiang-ka con una extensa carta de Lhassa, en la cual, sin ocuparse de los bandidos, se le pregunta si quiere, sí ó no, expulsar á los europeos establecidos en Bathang. Si se decide á lo primero, bien; pero si opta por la negativa, los

4,000 hombres reunidos en Kiang-ka caerán sobre la poblacion. Al decir del viejo lama, la lamasería no ha contestado ni contestará, porque estando situada en el Su-tchuen no reconoce la jurisdiccion de Lhassa.

Cuando la situacion parezca despejarse un poco me apresuraré á escribir á V. I. lo que haya. Por lo demás, siempre y en todas partes estamos en manos de Dios.

Por último, el horizonte de aquella Mision parecia despejarse, á juzgar por la siguiente carta del vicario apostólico, Ilmo. Biet:

Ta-tsien-lu, 3 de Mayo de 1880.

Ayudadnos á cantar un *Te Deum* y un himno á María, pues nos hemos salvado contra toda esperanza humana. Mientras espero del interior más amplios detalles, os co-



ILMO. TAURIN CAHAGNE, [obispo de Adramita *in partibus infidelium* y vicario apostólico de los Gallas. (Pág. 417).

municaré los más principales que os hagan participar de nuestra alegría y gratitud sin límites.

El 29 de Marzo Yerkalo debía ser atacado por los lamas de Lhasa, pero nuestro nuevo mandarin de Bathang, Ky-ta-lao-ye, mostróse muy hábil en defendernos: envió en seguida un expreso á Lhasa para anunciar al nuevo legado imperial el peligro que corríamos; declaró á los soldados de Lhasa que si nos molestaban él por su parte estaba resuelto á repelerles con la fuerza; reunió al punto su guarnicion y fortificó la orilla del río para defender Bathang, pero Yerkalo quedaba sin proteccion.

Resolvimos que el P. Giraudeau permaneciese en este último punto, y pareciéndole insostenible la situacion de los cristianos, enviélos al Yun-nan entregándoles 60 fanegas de cereales para el viaje. Esa pobre gente, despues de tantas persecuciones, debió abandonar una vez más sus casas y sus campos, y vender sus animales de labor, sus vacas y todo su ajuar para comprar caballos, partiendo para el destierro con la afliccion que es de suponer. El P. Giraudeau con algunos cristianos solteros esperaban á los perseguidores en territorio del Yun-nan. Nuestros cristianos tuvieron que retirarse, pues los lamas de Lhasa habian enviado á todas partes cartas amenazadoras, y los jefes del Yun-nan, menos atrevidos que el mandarin Ky-ta-lao-ye de Bathang, habian tenido la debilidad de obedecer esas órdenes, prohibiendo al pueblo que nos albergase y vendiese comestibles. Nuestros pobres neófitos quedaron, pues, reducidos á permanecer en el lodo y en la nieve, sin hogar, sin saber á dónde volverse, pero prefiriendo la muerte á la apostasía. Las últimas noticias de Yerkalo son del 17 de Abril: el buen P. Giraudeau no sabia qué hacer ya para sostener juntos el ataque de los lamas.

No obstante, cuanto más remota parecia, más cerca estaba la salvacion. Al saber las amenazas de los lamas contra los cristianos, el legado imperial de Lhasa envió un expreso á las bandas reunidas en la frontera, prohibiéndoles que nos atacasen y mandándoles que regresasen inmediatamente á la capital. Esta orden, que debía ser nuestra salvacion, llegó el 18 de Abril, día del Patrocinio de san José. Los lamas se retiraron, pues, al punto, abandonando así su proyectada persecucion. Sin embargo, sus jefes continúan todavía en el país de Kiang-ka, y para evitar toda sorpresa el mandarin Ky-ta-lao-ye no ha llamado aún sus tropas; fuera de que el acto de energía del nuevo legado imperial, Se-ta-jen, me hace esperar que el complot habrá esta vez fracasado. Me ha traído esta buena nueva el correo imperial, que viaja día y noche desde Lhasa á Pekin.

No tengo más detalles. El 20 de Abril el P. Brioux tomó un caballo y partió á todo escape á Yerkalo para anunciar nuestra libertad al P. Giraudeau.

El 17 los cristianos de aquel punto ignoraban qué iba á ser de ellos, y confío que el 23 verán bien recompensada su firme y resuelta adhesión á la Religion.

El complot de los lamas de Lhasa contra nosotros es más vasto y atrevido de lo que primeramente presumíamos. Quieren la destruccion completa de la Mision del Tibet; y aunque no tengan poder sobre el Su-tchuen y el Yun-nan, han enviado severas órdenes á todas las lamaserias y á todos los jefes indígenas de ambos países. No se han olvidado de mí, diciendo que debian comen-

zar derribando la cabeza; y los lamas de Tatsien-lu habían sido incitados con amenazas á incendiar mi casa y nuestro colegio. Advertido á tiempo, nuestro mandarin nos ha protegido á todos. Como es muy severo, por no decir cruel, los lamas no obedecerán las órdenes de Lhasa. El Yun-nan me tiene aún inquieto: los jefes indígenas de este país se han sometido cobardemente ante las amenazas de Lhasa; no tengo cartas de Atentza, sabiendo solamente que el P. Goutelle se halla en Oûy-sy, que las cristiandades están amenazadas, y que el P. Dubernard trataba de refugiarse en el mismo punto con todos los cristianos, en número de 300, si era invadido su país. Confío que habrá afrontado la tempestad, como le encomendaba en mi última circular (1). Por otra parte, la retirada de los lamas de Lhasa en virtud de la orden del legado imperial me hace esperar que los jefes indígenas comprenderán que se han precipitado demasiado en su sumision.

El mandarin Ky, de Bathang, me dice que tarde ó temprano será completamente destruida mi Mision si no escribo á nuestro embajador de Pekin para que se prohiba á los lamas de Lhasa comunicar órdenes en el Yun-nan y el Su-tchuen.

† FELIX BIET, ob. de Diana,
vic. apost. del Tibet.

GALLAS.

(ÁFRICA ORIENTAL).

En confirmacion de lo que en otro número indicábamos, á consecuencia de la dimision del Ilmo. Massaja, extenuado por treinta y cuatro años de laborioso episcopado (1), le ha sustituido en el cargo de vicario apostólico de los Gallas su coadjutor el Ilmo. Luis Taurin Cahagne, perteneciente tambien á la Orden de Menores Capuchinos, nombrado obispo de Adramita *in partibus infidelium* en el Consistorio de 21 de Marzo de 1873, y consagrado el 14 de Febrero de 1875 por el Ilmo. Massaja en Escha-Eloi.

Despues de seis meses de separacion, ambos Prelados y el P. Luis de Gonzaga, desterrado como ellos de los Gallas, se encontraron en Agosto último en la quinta de Aragorry (Bajos-Pirineos), en donde durante algunos dias recibieron hospitalidad de D. Antonio de Abbadie, del Instituto, á quien mucho debe la Mision de los Gallas. El Ilmo. Taurin Cahagne y el P. Luis de Gonzaga habian ido anteriormente á Lourdes en cumplimiento de un voto que habian hecho en su largo y peligroso viaje á través de Absinia. Como el Ilmo. Massaja está muy quebrantado por las fatigas y el P. Luis de Gonzaga no puede verse libre de las fiebres que cogió en el Sudan, los dos marcharon hace poco á un establecimiento de aguas termales; y el Ilmo. Taurin Cahagne, más robusto, fué á París para hacer imprimir un cate-

(1) Como la retirada de los misioneros equivaldria á la ruina de la Mision, el Ilmo. Biet les encargaba en su circular que permaneciesen en su puesto hasta morir en él, si era preciso. Todos, olvidando su propia seguridad, se han mantenido firmes, salvando con su constancia aquella infortunada Mision.

(2) El Ilmo. Guillermo Massaja, de Menores Capuchinos, nació en Piova (diócesis de Asti). Partió para las Misiones de Absinia en 1846, y fué nombrado obispo de Cassia *in partibus infidelium* y vicario apostólico de los Gallas en 4 de Mayo del mismo año.

cismo y varios opúsculos en la lengua de los Gallas. Ahora se propone recorrer los conventos de su Orden con objeto de reclutar nuevos obreros apostólicos para su difícil y trabajosa empresa, según manifiesta en la siguiente relación sobre el estado de su vicariato.

«...Comenzábamos á recoger los frutos de nuestro apostolado en el reino de Choa; el clero indígena iba formándose, y se habían ordenado tres nuevos sacerdotes; habíamos podido fundar pueblos enteramente cristianos en terrenos antes desiertos, cuando los acontecimientos políticos vinieron á cambiar la situación. En 1878 el Choa fué subyugado por el rey Juan, que reinaba en la Alta Abisinia; y Menelik, hasta entonces independiente, fué su tributario. Hubiéramos podido permanecer indiferentes á ese resultado, desastroso bajo el punto de vista temporal, si el rey Juan no hubiese sido á la vez conquistador y jefe de secta. Declaróse árbitro de la fe, y por medios violentos hizo abrazar la herejía eutiquiana á los habitantes del Choa que profesaban una doctrina que se acercaba mucho á la del Catolicismo.

«La consecuencia de la sumisión del reino bajo el punto de vista espiritual y temporal fué para nosotros una amenaza de expulsión que Menelik pudo detener un año con sus contemporizaciones. En el momento en que, fiados en las buenas palabras del rey, creíamos una vez más librarnos de la borrasca, llegó súbitamente la orden de entregarnos á los enviados de Ati Juan, que nos conducirían á Debra-Tabor, residencia imperial. Vimos, pues, obligados á dejar nuestras cristiandades con todo lo que poseíamos y ponernos en camino el ilustrísimo Massaja, el P. Luis de Gonzaga y yo. Era en Julio, comenzaba en Abisinia la estación de las lluvias, y sólo á costa de las mayores fatigas conseguimos llegar al término de nuestro viaje el 5 de Agosto, habiendo corrido inminente peligro de perder al Ilmo. Massaja. Permanecimos presos dos meses en una casa de paganos cerca de Debra-Tabor, y el 3 de Octubre el emperador nos notificó él mismo nuestra expulsión con su acostumbrado orgullo y altivez.

«Nuestra ruta natural era por el Tigré hacia Massaua; pero por consejo de Abba Teófilos, jefe de los monjes cismáticos y nuestro enemigo jurado, se nos echó á más de 150 leguas de dicha dirección, hacia el Noroeste, del lado de Matamma, y esto en la estación de las fiebres.

«En vano protestamos durante el trayecto delante del gobernador de Dembea, alegando las fiebres y los bandidos que infestaban el camino: contestónos que él mismo nos protegería contra éstos, y que dejaba á Dios el cuidado de librarnos de aquellas. Descendimos, pues, de las mesetas de la Abisinia por la vía de Waini después de hacer un voto á Nuestra Señora de Lourdes y al sagrado Corazón del divino Maestro para que nos librasen de los peligros que nos amenazaban.

«Escapamos de los bandidos, pero plugo á Dios, sea siempre bendito, permitir que nos viésemos pronto acometidos de la fiebre. Y cayendo y levantándonos una y dos y cien veces, empleamos tres meses en atravesar el Sudan, para llegar de Matamma á orillas del mar Rojo. Nuestro Señor nos hizo encontrar benévolo apoyo en las autoridades egipcias, y esto alivió algún tanto nuestras penas. Tres de nuestros más jóvenes alumnos murieron en los desiertos con los mayores sentimientos de pie-

dad y de resignación. Otro murió después en Eden (1).

«Lo que más nos inquietaba en medio de nuestros sufrimientos era la incertidumbre en que estábamos tocante á nuestras cristiandades. ¿Manteníanse en pie, ó bien habían sido disueltas, dispersos los fieles, las iglesias incendiadas, rudamente perseguidos nuestros sacerdotes indígenas? Todo podíamos temerlo de la política astuta é implacable inaugurada por el emperador Juan. Así es que sentí grande alegría al saber que la situación no era muy comprometida. Uno de nuestros misioneros, el P. Fernando, á quien por su mal estado de salud habían dejado en paz, me escribe que, gracias á la prudencia y benevolencia del rey Menelik, puede continuar el santo ministerio, visitar nuestras estaciones y dirigir á nuestros sacerdotes indígenas. Por lo tanto, la obra del apostolado no se ha interrumpido, y pues he venido á pedir al clima de Europa un poco de salud, quiero hacer un llamamiento al celo de los misioneros y á la generosidad de los católicos.

«Dios, que hiere con una mano y levanta con la otra, nos ha procurado el medio de volver á tomar el camino de la Misión. Existe de tiempo inmemorial un camino abierto al comercio musulmán, de Berbera y Zeila, en el mar de Indias, hasta los confines del país de los Gallas pasando por Avar, en el desierto de Somanlis.

«Hace pocos años este camino estaba prohibido á los cristianos por la barbarie y el fanatismo musulmanes. Dios ha permitido que los puertos del litoral y la grande estación mercantil de Avar cayesen bajo el dominio del Egipto y que se facilitase su acceso á los europeos. Podría, pues, fijarse una procura en la costa del Africa, en Berbera, á donde se dirige actualmente el comercio europeo. El misionero, á la vez que cuidase de algunos cristianos que allí residen, hallaría en contacto con los correos y caravanas que parten de la costa, y nos evitaria los retardos y los desastres que hasta el presente hemos experimentado. Estableceríamos en Avar una segunda estación, pues de allí los caminos parten en todas direcciones. Apenas la política abisinia cambiase un poco de rumbo llegaríamos hasta Aleju-Amba, á los pies de Ankobar. Mientras tanto evangelizaríamos los Itus-Gallas y los Aronsis, tribus inmensas cuyas alturas se perciben desde nuestra casa de Finfini.

«Este nuevo camino nos conducirá, pues, por el Guagné hasta nuestras antiguas Misiones: de esta manera quedaremos al abrigo de todo atentado de los príncipes abisinios, cuya hostilidad hasta hoy ha puesto obstáculos á nuestra obra.

«Pienso partir el próximo Noviembre con nuevos compañeros. Acaso dentro algunos días os exponga nuestras pruebas y nuestras esperanzas.»

Las últimas noticias del Choa eran buenas. La Misión sólo había sufrido la ausencia de sus dos Prelados. El P. Fernando ha recibido poderes para la dirección provisional del Vicariato; los doce sacerdotes indígenas, sus colaboradores, ejercen en cada estación el ministerio evangélico, y todo sigue como antes.

Dios, así lo esperamos, no habrá permitido esa persecución, que podía destruirlo todo, más que para el mayor incremento y prosperidad de su obra.

(1) V. pág. 220.

MADAGASCAR.

El P. Cazet, prefecto apostólico de Madagascar, comunica desde Tananarive, capital de la isla, los siguientes detalles sobre la persecucion de que son objeto las escuelas católicas de la provincia de los Betsileos:

Habíame presentado entre los Betsileos durante el mes de Julio de 1878 para visitar esta parte de la Mision, y á mi llegada encontré en satisfactorio estado nuestras escuelas. No obstante la manifiesta parcialidad de las autoridades locales en favor de las escuelas protestantes, á pesar del sistema de intimidacion ejercido sobre este pobre pueblo y la sorda oposicion que nos hacian los principales oficiales, el gobernador no cesaba de repetir pública y privadamente que los Betsileos eran libres de frecuentar las escuelas católicas. Confiando en estas palabras, por otra parte conformes con el artículo 3 del tratado y con las proclamas de la Reina, multitud de Betsileos dejaban el protestantismo para entrar en nuestras escuelas.

Los anglicanos no pudieron mirar sin envidia nuestros progresos, y mientras yo visitaba Mananjari en la costa sucedió lo que refiere en la siguiente carta el Padre Lacombe:

«Los predicantes ingleses, seguros, si no del apoyo ostensible, al menos del concurso indirecto y secreto de las autoridades del país, anunciaban públicamente en sus templos que tenian autorizacion del primer ministro para recuperar, de grado ó por fuerza, todos los alumnos que se habian inscrito en sus escuelas.

«De pronto supimos que nuestros alumnos, niños ó niñas, eran detenidos en las calles y aun les cogian en sus casas para conducirles forzosamente á las escuelas protestantes.

«Escribí sin pérdida de tiempo al gobernador de la provincia pidiéndole explicaciones é indicándole quiénes eran los que habian detenido á nuestros alumnos. La contestacion se hizo esperar muchos dias, y en ella se me decia:

«—Hemos hecho comparecer á todos los que nos habeis indicado, y al preguntarles si era cierto que habian detenido á los alumnos de los franceses, y si habian ejercido contra ellos algun acto de violencia, nos han respondido: *No.*»

«Luego seguia la fórmula malgache que corresponde á nuestro: Sin más, tengo el honor, etc...

«Al dia siguiente llegó uno del mercado y me dijo que seis alumnos de los ingleses habian cogido á uno de los nuestros y querian llevárselo. Como la plaza del mercado está contigua á nuestra casa, salgo inmediatamente, y en medio de un grupo de gente encuentro uno de nuestros niños que resistía tímidamente á los que sabia de fijo que ninguna mision tenian del gobernador. Apenas me vieron llegar abrieronme paso, y dije á nuestro alumno que me siguiese. Trataron de oponerse los camorristas, pero á una señal mia muy significativa no se atrevieron á insistir y volvíme á casa con el joven betsileo; tomé el sombrero y el baston, y subí la rápida cuesta que conduce á la ciudadela, residencia del gobernador. Dijéronme que habia reunido todo su consejo y

que debía esperar, pero repliqué que en el acto tenia que hablarle de un grave asunto. Avisaron al gobernador, y me recibió inmediatamente. Referíle, conmovido aún, lo que acababa de pasar, y añadí: —No me digais otra vez que llamaréis á los culpables, y que los interrogaréis, para contestarme luego que todo lo niegan. Lo que deseo de momento es que me deis dos oficiales de vuestra escolta que me acompañen á la plaza del mercado para declarar allí altamente en vuestro nombre que debe cesar toda persecucion, toda violencia, toda vejacion contra nuestros alumnos; y si así no lo haceis, violais el tratado que Francia pactó solemnemente con Madagascar.

«El viejo Ragalona, con quien he procurado siempre mantener buenas relaciones, quedó suspenso por algunos momentos, asombrado de mi tono y decision, y al fin balbució:

«—Examinaré este asunto hoy mismo.

«—¡Oh! no, repliqué con viveza; nada hay que examinar en asunto tan claro, y de aquí no me muevo hasta que me deis los dos oficiales que me acompañen y hablen al pueblo en nombre vuestro.

«Buscó todavía algunas escapatorias, pero como continué inflexible, cedió al fin, y llamando á dos ayudas de campo les ordenó me siguiesen á la plaza para hacer en ella esta declaracion: —Que nadie se permita detener ó vejar á los alumnos de los misioneros católicos.

«A esto replicaron los ingleses que el muchacho á quien habian detenido estaba inscrito en los registros protestantes, y que por consiguiente tenian derecho sobre él. Nuestros dos oficiales, que sabian el viento que soplabá, no insistieron; bien ó mal habian cumplido su comision, y les bastaba á ellos y al que les habia enviado. Por mi parte, ví que nada bueno podia esperarse, y no me equivoqué. En efecto, la caza contra nuestros alumnos continuó con más rabia que nunca, y muchos de ellos, que habian venido de los campos vecinos, permanecian con nosotros noche y dia sin atreverse á salir, puesto que eran acechados por individuos pagados para apoderarse de ellos.

«El heroísmo no es una virtud vulgar, y muchos de nuestros alumnos no han tenido valor suficiente para afrontar la persecucion. Sin embargo, de ellos han resistido la mitad, y eso que pocos han podido librarse de los golpes: muchos de ellos eran llevados á viva fuerza, pero huían á la mañana siguiente y volvian entre nosotros, ostentando las señales de los malos tratamientos de que habian sido víctimas.»

A mi regreso (continúa el P. Cazet), subí á palacio, acompañado del P. Lacombe y del P. Juan. En la gran sala del Consejo habia reunidos el gobernador y todas las autoridades civiles y militares. Despues de los cumplidos de costumbre, hablé poco más ó menos en los siguientes términos:

«Cuando llegué aquí hace un mes encontré á los alumnos hovas y betsileos tranquilos en sus clases, y los padres y los misioneros estaban contentos. Pero ¡cuánto ha cambiado la situacion! Ayer, al volver de Mananjari, me lastimó el corazon la noticia de los malos tratamientos que se ha hecho sufrir á muchos de nuestros discípulos. A las quejas que os ha dirigido el P. Lacom-

be habeis contestado: «—Esto no nos incumbe; es asunto entre franceses é ingleses; recurrid á vuestros cónsules.» ¡Extraña respuesta! ¿No son malgaches los que hieren á otros malgaches? ¿A quién recurrirán las víctimas sino á vos, y á vos solo, que representais la autoridad de la Reina? Si persistis en decir que es cosa de los ingleses, debo deducir naturalmente que los ingleses son dueños del país. Y en segundo lugar, si esto no es más que un asunto entre franceses é ingleses, ¿por qué el oficial Ratovo, aquí presente, ha llamado á su casa á mis discípulos para hacerles terribles amenazas si no vuelven entre los protestantes? ¿Por casualidad Ratovo no es malgache? En fin, ¿qué es del artículo 3 del tratado, que garantiza la libertad de enseñanza y que promete á los franceses la ayuda y proteccion de la Reina y de sus representantes? Atendido esto, me es imposible disimularos cuánta es mi pena.»

«—No os aflijais, replicó el gobernador; nosotros amamos á los franceses tanto como á los ingleses; vosotros todos sois nuestros parientes, etc., etc.»

Y luego hizo señal á Rainivelo, jóven oficial, para que hablase, y así lo hizo, extendiéndose largamente en elogiar al gobernador. Interrumpíle bruscamente, diciendo:

—Todo lo que decís, amigo mio, nada tiene que ver con la cuestion presente. ¡Vengamos al hecho de la persecucion!

—¡No hay persecucion! gritaron todos.

—¡Cómo! repliqué; se prende, se maltrata por el único motivo de asistir á las escuelas católicas, y ¡esto no es perseguir!

—¡No, no!

—Decidme, pues, si os place, ¿qué entendéis por persecucion?

Rainivelo vuelve á hablar, y despues de mucho desgañarse, concluye por no decir nada. Yo le llamaba de continuo á la cuestion, preguntándole qué era la persecucion. Otro oficial perdióse, como él, en vagas é inútiles digresiones, hasta que mirando mi reloj les dije:

—Señores, se hace tarde. Respondedme claramente. ¿Es permitido á los alumnos protestantes detener, herir, violentar á los alumnos católicos? Decid, ¿sí ó no? Si decís que *no* é impedís esta persecucion, quedamos conformes. Si decís que *sí*, voy mañana á Tananarive para quejarme á la Reina y al primer ministro.

Seis veces hice la misma pregunta, y otras tantas evitaron mis interlocutores dar una respuesta precisa.

Levantéme, y acercándome al gobernador, dije:

—A vos me dirijo, como representante que sois de la Reina de Madagascar. ¿Pueden los alumnos de los ingleses detener, maltratar, violentar impunemente á los discípulos católicos? Si persisten en su reprobable conducta, ¿les dejaréis hacer?

El viejo gobernador respondió evasivamente.

—Puesto que os negais á responderme, continué, tengo el honor de saludaros.

Y me dirigí hácia la puerta, seguido del P. Lacombe. El gobernador se le acercó y le dijo:

Extienda el Padre por escrito sus preguntas, y responderemos á ellas.

Fácil era complacerle, y lo hice apenas entré en mi residencia. La respuesta llegó aquella misma tarde, pero

estaba concebida en los mismos términos vagos, y tuve que dirigirme al primer ministro. Despues de llamar su atencion sobre la actitud de los ingleses, que obraban como si fuesen los señores del país, terminé con estas líneas: «Hé aquí ahora lo que os pido. Dad inmediatamente órdenes para hacer cesar esta persecucion, y haced castigar á los culpables. Sin esto volverán á las andadas; y si los católicos no quieren dejarse maltratar y vejar por los protestantes, y por consiguiente resisten á sus enemigos, nacerán de aquí sangrientas colisiones.» El primer ministro me hizo contestar que daría órdenes sobre el particular al gobernador de Fianarana. ¿Hízolo? Tengo motivos para dudarlo, pues la situacion continuó siendo la misma.

Una sola palabra suya hubiera bastado, no obstante, para restablecer la calma y la paz; esta palabra no la dijo, y los actos de violencia continuaron como de costumbre, y aún tomaron un carácter de gravedad que ha ido siempre aumentando. No solamente multitud de alumnos fueron maltratados, sino que hasta un misionero, el P. Fabre, fué brutalmente herido por el maestro de escuela y sus adeptos ingleses. El exceso del mal hizo abrir los ojos al Gobierno malgache y le movió al fin á aplicar un remedio eficaz. Por lo demás, esos hechos coincidían con la llegada á Tananarive del nuevo cónsul francés, cuya firmeza y voluntad de hacer cumplir el tratado era bien conocida. Así es que, transcurridas algunas semanas, hemos obtenido un poco de justicia en virtud de mis reclamaciones al gobernador.

Del mismo P. Cazet son las siguientes noticias que comunica con fecha posterior:

Este año, segun costumbre, hemos hecho la procesion del *Corpus* en el vasto campo de maniobras situado al pié de Tananarive. No obstante los temores de inminente ruptura entre Francia y Madagascar, á pesar de los contradictorios rumores de guerra y de paz que circulan, nunca la procesion habia sido tan bella y consoladora, ya por el número de cristianos venidos de muchas leguas á la redonda, ya por el órden perfecto que reinó. Ha sido un triunfo para la religion católica y un gran motivo de aliento para nuestros cristianos al verse tan numerosos.

El día de Pentecostes confirmé en nuestra iglesia de la Inmaculada Concepcion á 112 personas, y ocho días despues á otras 67 en un pueblo situado á tres horas de la capital.

El 13 de Junio inaugurámos una iglesia en la ciudad de Alasora, distante una hora de Tananarive, en donde bauticé á 26 adultos. Asistieron numerosas comisiones de once pueblos católicos, y fué magnífica la procesion que siguió á la Misa. Figuró en la ceremonia Antonio Radifera, hijo del primer ministro. Ese jóven habia venido, no como simple particular, sino como *irah'andriana*, ó sea enviado y representante de la reina y del primer ministro.

El P. Lacombe, superior de la Mision de los Betsileos, me escribe que cada día crece el número de los que frecuentan nuestras escuelas y que llega ya á 1,300 alumnos.

ÁFRICA CENTRAL.

XI.

En Khartum, capital de las posesiones egipcias del Sudan, reside un obispo copto herético que gobierna una comunidad compuesta de algunos miles de cristianos que habitan la Nubia superior. Este resto de cristianismo conservado hasta nuestros días en medio de las tinieblas del islamismo y del paganismo ofrece una historia interesante.

La Nubia es una parte de las inmensas regiones de la Etiopia, que abraza casi todos los países del Africa comprendidos entre los dos trópicos, desde el mar Rojo y el Oceano Indio hasta el Niger y las Guineas.

Los etíopes componian un poderoso Estado, y extendieron su dominacion hasta la Siria, pero subyugóles el gran Sesostris. La Etiopia se distinguió por sus guerras contra los egipcios y por la riqueza de su comercio. Poseía minas de oro, cobre, hierro y piedras preciosas.

El Rdo. Terzi de Lauria describe la Etiopia y sus provincias diciendo que el vasto Imperio de la alta y baja Etiopia comprendia más de cuarenta reinos habitados por cristianos herejes y negros idólatras que hablaban multitud de lenguas. Su rey, llamado Hugo, se jactaba de descender de David por Salomon y la reina de Saba. El monarca de la Etiopia llegó á contar 72 reyes tributarios. Dicho autor habla tambien de la baja Etiopia con sus provincias de la isla de Meroe con sus principales ciudades, señaladamente de la reina Candace, y da una lista cronológica de los soberanos etíopes desde la reina de Saba hasta el emperador Faciladaf, que persiguió á los católicos en 1660.

Segun Rinaldi, los etíopes recibieron de los judíos el uso de la circuncision; y antes que el eunuco de la reina Candace se convirtiese al Cristianismo los etíopes instruidos adoraban á un Dios inmortal, principio de todas las cosas, y á otro Dios mortal. Añade Rinaldi que la Etiopia, exceptuando la Abisinia y la Nubia, no era conocida de los antiguos romanos, que hasta el imperio de Constantino no descubrieron esa parte de la Etiopia. Existen vestigios del poderio romano antes de Jesucristo en algunos puntos de la Nubia inferior, principalmente en la isla de Philé.

La reina Candace, de que se habla en los Hechos de los Apóstoles (cap. viii), residia en Cachsum, capital del reino de Goiam, cerca del rio Azul. Instruida en la doctrina cristiana, construyó un magnífico templo de cinco naves en honor de Dios y de santa Maria de Sion. El eunuco bautizado por el apóstol san Felipe predicó el Evangelio en las provincias costaneras del mar Rojo y penetró en la Etiopia convirtiendo multitud de infieles.

San Mateo es tambien reconocido como uno de los apóstoles de la Etiopia, al mismo tiempo que san Matías llevaba la fe á la Etiopia inferior. Algunos autores creen que tambien san Marcos predicó en la Nubia inferior.

A principios del siglo IV, reinando Constancio y Maximiano, un filósofo de Tiro llamado Meropio emprendió un viaje á las Indias y á la Etiopia con Edesio y Frumencio, parientes suyos todavía niños que sabian muchas lenguas. En una rebelion de los etíopes contra los romanos Meropio fué muerto, y sus jóvenes compa-

ñeros fueron presentados al rey etíope, que les puso afecto. Cuando fueron mayores el rey les dió diversos cargos en su Corte, y en su cumplimiento cobraron tanto crédito que á la muerte del rey les fueron confiadas la regencia del reino y la tutela del heredero de la Corona.

Llegado el príncipe á su mayor edad, Edesio volvió á Tiro, en donde fué ordenado presbítero. Frumencio se dirigió á Alejandria, informó á san Atanasio del estado de la Etiopia, y despues de haber sido consagrado obispo por él regresó á Etiopia, en donde propagó el cristianismo de un modo prodigioso. Reinaba entonces Abra, y Frumencio, seguido de algunos clérigos que san Atanasio le habia dado, fijó su residencia en Axum, capital del reino (1). Desde aquella época la Etiopia, gobernada por muchos obispos sometidos á metropolitanos, dependió siempre del patriarcado de Alejandria. Los solitarios de la Tebaida y del Egipto introdujeron por su parte en Etiopia la vida monástica, como lo atestiguan los restos de numerosos monasterios construidos en aquellas comarcas, sometidos á las reglas de san Antonio Abad y de san Basilio, y mencionados por los escritores eclesiásticos.

El cristianismo se conservó en Etiopia en su pureza hasta mediados del siglo V. En 449 Dioscoro, patriarca de Alejandria, hombre ambicioso y violento que ejercia gran autoridad en su patriarcado, adoptó los errores de Eutiques, defendiéndolos en el conciliábulo de Éfeso, y arastró consigo la mayor parte de sus sufragáneos. La Etiopia, que formaba parte de su patriarcado, fué asimismo poco á poco pervertida. Envueltos en las tinieblas de la herejía, privados de obispos fieles á la Santa Sede, los habitantes de aquel vasto Imperio no conservaron la pureza de la fe y fueron víctimas de sus errores.

Segun el 52.º cánón árabe, los etíopes no pueden elegir por patriarca un obispo de su nacion, porque éste mismo está sometido á la jurisdiccion del patriarca cismático de Alejandria. A éste corresponde el nombramiento y consagracion del metropolitano de Etiopia, inferior á él y sin derecho para establecer metropolitanos: goza de los mismos honores, pero no tiene el mismo poder: es, pues, de hecho patriarca de Etiopia, pero de derecho no es más que el vicario del patriarca de Alejandria, aunque éste tenga menor número de súbditos.

Los principales errores de los cristianos disidentes de la Etiopia consisten en la práctica de ciertos ritos judaicos, como la circuncision, la purificacion, la santificacion del sábado, el ayuno hasta la noche, la abstinencia de ciertas partes del cerdo, de la liebre, de animales ahogados, y en fin el divorcio y la poligamia, si bien los usan raras veces. Los etíopes niegan el purgatorio, creen que el Espíritu Santo sólo procede del Padre, y que la naturaleza humana de Jesucristo es igual á su naturaleza divina. No admiten en Jesucristo más que una sola voluntad, reiteran el bautismo y pretenden que las almas de los justos no gozarán de la vista de Dios antes del fin del mundo. No comulgan por viático, juzgan indiferentes el número y la naturaleza de los pecados, y parece no tienen en cuenta alguna los de

(1) Incendiada por los árabes en 1532, fué nuevamente edificada sobre las ruinas de la ciudad antigua, y subsisten todavia en ella ruinas magníficas de templos, palacios y multitud de obeliscos.

pensamiento y de deseo. Crean que el alma no ha sido creada por Dios, sino que ha salido de la materia. Rechazan el concilio ecuménico de Calcedonia, que condenó á Dioscoro, y no reconocen la preeminencia de la Iglesia católica, apostólica, romana, ni la autoridad del Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo. En el bautismo marcan á menudo el rostro del niño con un hierro candente.

La Iglesia católica ha intentado repetidas veces hacer volver á su redil aquel inmenso país, pero sólo ha obtenido resultados insignificantes ó poco duraderos. Los Papas se han mostrado muy solícitos por la conversion de los etíopes. Alejandro III en 1177, Inocencio IV en 1243, Alejandro IV en 1254, Urbano IV en 1261, Clemente IV en 1265, Inocencio V en 1276, Nicolás III en 1277, Nicolás IV en 1288, Benedicto XI en 1303, Clemente V en 1305, Juan XXII en 1316, trabajaron por apartar la Etiopia del abismo de la herejía y del islamismo en que se habia precipitado.

A instancias del rey de Etiopia, que le habia pedido una iglesia en Roma y otra en Jerusalem para los etíopes que enviaria á dichos puntos para estudiar la disciplina católica, el Papa Alejandro III cedió á la nacion etíope la iglesia y el monasterio de San Estéban de los Negros, situados detrás de la basilica vaticana.

Inocencio IV confió á los Padres Predicadores la evangelizacion de la Etiopia.

Eugenio IV fué el primer Papa que en el concilio general de Florencia intentó la union de los coftos ó jacobitas del Egipto y de la Etiopia á la Santa Sede apostólica, invitando paternalmente al patriarca Juan á comparecer en el concilio. Dicho patriarca le habia enviado su profesion de fe por conducto de Andrés, abad del monasterio de San Antonio en Egipto, quien se presentó al Soberano Pontífice en calidad de embajador del patriarca jacobita y del emperador de Etiopia. Acompañábanle su diácono, tres enviados del rey Zara Jacopo y de Constantino, emperador de Etiopia, y un delegado de Nicodemo, abad de los etíopes residentes en Jerusalem. En 1442 Eugenio IV tuvo la satisfaccion de reunir á la Iglesia católica los coftos y los jacobitas etíopes, y les entregó un Breve conteniendo las instrucciones de la Santa Sede.

En tanto que la herejía de Lutero desolaba la Alemania, David, rey de Etiopia, declarándose contra el patriarca de Alejandria, hacia alianza con Portugal. Al mismo tiempo enviaba á Francisco Alvarez á Clemente VII con cartas en las que le reconocia como jefe de la Iglesia universal y le pedia intercediese con los príncipes cristianos para que tomasen su defensa contra los musulmanes. El Papa contestó benévolamente y concedió á la Iglesia de Etiopia un primado, Juan Bermudez, á quien confirió la preeminencia patriarcal. El rey Claudio, hijo de David, cada vez más amenazado por los turcos, recurrió á Juan III, rey de Portugal. Este se dirigió al Papa Julio III y á san Ignacio de Loyola, que le concedieron doce Jesuitas para la Etiopia. El P. Juan Nuñez, portugués, fué creado patriarca, y los PP. Andrés Oviedo y Melchor Carnero fueron nombrados sus coadjutores con derecho de futura sucesion. No tardó el rey Claudio en oponer resistencia á la entrada de los misioneros: el patriarca Nuñez encontró cerradas las

puertas de la Etiopia, y habiendo penetrado en ella el obispo Oviedo, vió enteramente paralizado su apostolado por la persecucion. Claudio fué muerto en 1559. Su sucesor Neva era de tal modo enemigo de los católicos, que redujo á prision al obispo Oviedo, y proponíase condenarle á muerte, cuando murió en 1562. Su hijo Serreza Dangal mostró mejores sentimientos, y concedió á los católicos ciertos lugares en donde vivieron en paz. Los etíopes continuaban siempre en sus antiguos errores.

Al terminarse el concilio de Trento, Pio IV invitó al rey Serreza á enviarle embajadores, y él á su vez envió, aunque inútilmente, el P. Cristóbal, jesuita, á Gabriel, patriarca de Alejandria. San Pio V escribió á Sebastian, soberano de Portugal, y á su tio el cardenal Enrique, más tarde rey, que entablasen relaciones con el rey de Etiopia. Viendo la resistencia de este príncipe y de sus pueblos ordenó á Oviedo, entonces patriarca, que pasase al Japon, pero no pudo salir de la Etiopia; y sostenido por las exhortaciones y espirituales favores de Gregorio XIII, consumó su vida en el Tigré, en donde tambien murieron sus compañeros.

En 1597 murió en Etiopia el P. Luis, y en una tentativa para penetrar allí, otros misioneros jesuitas murieron á manos de los turcos, dueños de las costas del mar Rojo. En 1603 el P. Paez logró penetrar en el país, y el rey Zadanghel le encargó escribiese al Papa á fin de obtener un patriarca; pero el *abuna* (metropolitano hereje) promovió una sedicion contra el rey, quien murió asesinado. Su sucesor Susneo protegió á los Jesuitas para captarse el favor de los portugueses; llamó á su Corte al P. Paez, y escribió al Papa pidiéndole misioneros. Su hermano Zela profesaba abiertamente el catolicismo y publicó un edicto mandando creer en la doctrina de la Iglesia católica; castigó al metropolitano, clérigos y monjes herejes que habian conspirado contra su vida; y apartándose más y más de sus antiguos errores, despidió á sus concubinas y declaró formalmente que sólo reconocia la Sede pontificia y no obedecia sino al Papa. Enterado de sus buenas disposiciones, Gregorio XV creó en 1662 patriarca de Etiopia al P. Alfonso Mendez, de la Compañía de Jesús. Mendez fué muy bien acogido por Susneo, recibiendo de él y de la familia imperial declaraciones de fidelidad y sumision á la Santa Sede (1); pero estallaron graves desórdenes, porque los etíopes estaban aferrados á sus viejas costumbres, y el Emperador tuvo la debilidad de volver al cisma, diciendo que la Iglesia de Alejandria era la misma que la de Roma. Los grandes mostráronse hostiles á los Jesuitas, y despues de la muerte de Susneo todos los europeos fueron expulsados de la Etiopia. Mendez tuvo por sucesor al patriarca Apolinar de Almeida, que fué asesinado en 1638. Pedro II, rey de Portugal, designó por primado al P. Luis de Silva. La solicitud del Papa Inocencio X con los etíopes fué inútil, no obstante haber recibido Urbano VIII una carta de sumision de Mateo, patriarca de los coftos. Bajo Alejandro VII esperóse que volveria á la obediencia el patriarca de Alejandria, que habia enviado por conducto del P. Salemmé, de Menores Reformados, una profesion de fe conforme á la doctrina de la Iglesia católica; pero el miedo á los turcos, así como la

(1) V. la efeméride de la pág. 384.

ÁFRICA AUSTRAL.

(Continuacion. — Pág. 398).

Cuando los misioneros dejaron á Kimberley les advirtieron que nada ó muy poco debian esperar de los Bamangwatos. No tardaron en ver que Shoshong era el cuartel principal de los ministros de la Sociedad de Londres, establecida en el interior. Pero antes de dar una idea de las dificultades, echemos una ojeada sobre la historia de los Bamangwatos (1).

Aunque al presente formen éstos la tribu más poderosa de los Betchuanos, son de reciente origen, mientras que los Barutses son muy anteriores. Los Bangwaketse, los Bakwenas y los Bamangwatos formaban un solo pueblo, hasta que estos dos últimos se separaron de los primeros. La historia no refiere la época de este suceso. Al poco tiempo éstos se separaron, llevando la ventaja los Bakwenas. En tiempo de Matipi, bisabuelo del rey Khama, los Bamangwatos se subdividieron, viniendo la parte más débil á establecerse cerca del lago Ngami, con el nombre de Batowana. Contiendas de familia parece que son el destino de los Bamangwatos. El viejo Matipi concluyó su vida lleno de zozobras y despecho, á causa de los malos ratos que le dieron sus hijos. Su primogénito y sucesor Khari, que se señaló en la guerra contra los Mascionas, que ocupaban el territorio de los Matabeles, y desafió al poderoso Mozilikazi, tuvo dos hijos: Sekhome y Macheng. El primero era llamado á sucederle, pero la madre de Macheng era de superior grado á la del primogénito, de donde surgieron perpétuas riñas, hasta que prisionero Macheng de los Matabeles y muerto el rey Khari, subió al trono Sekhome. Este llamó á los ministros de Londres, con quienes había trabado conocimiento por medio del Sr. Mofat, que hacia tiempo residía en Kuruman. Y aún cuando Sekhome no adoptó el cristianismo, fué el primero que lo protegió y permitió que sus cinco hijos, el primero de los cuales es el rey actual, se educasen en las escuelas de los ministros ingleses, y allí se iniciaron en la lectura de la Biblia. Si hemos de creer lo que refiere Mackencie, en la lucha difícil que debía seguirse, la conducta de Khama seria digna de un confesor de la fe. Ha de saberse que el rito de la circuncision se administra en todas las tribus de los Betchuanos á todos los jóvenes de ocho á catorce años. Tal rito no se administra todos los años, sino con intervalos, segun que haya número suficiente para dar á la ceremonia la mayor importancia. En esta ocasion se ve al padre marchar á la cabeza de sus hijos y de un gran número de jóvenes, que muy contentos desean entrar en los derechos de la mayor edad. Esta fué la primera ocasion en que la fe de Khama fué puesta en prueba. Este y su hermano rehusaron tomar parte en el rito supersticioso. Sekhome disimuló un poco de tiempo su bilis, pero jamás les perdonó. Por algunos años procuró hacerles perder el afecto de su pueblo, sin dejar medio de arruinarlo y de inducirle á las supersticiones de sus mayores. Durante la noche venian á celebrar ritos supersticiosos ante los umbrales de su cabaña; pero Khama los despreciaba, y poniendo en fuga á los brujos, apagaba el fuego de las encantaciones y volvía á su reposo. Finalmente, Sekhome levantó una porcion de su

(1) Mackencie: *Diez años al Norte del rio Orange*.

inconstancia y malicia de los coftos y etiopes jacobitas, privaron de este gozo á la verdadera Iglesia.

Inocencio XII encargó á los Menores Reformados de San Pedro *in Montorio* en Roma que abrieran Misiones en la Etiopia, á las cuales destinó 50,000 escudos, y el P. Salemme fué nombrado su superior. Provisto de Letras apostólicas y de generosos presentes, dirigióse á Egipto é invitó al patriarca de Alejandría á unirse á la comunión apostólica. Este aceptó la carta y los regalos y contestó que deseaba la union, pero que no podia efectuarla con motivo de las guerras que agitaban el Egipto y de las disidencias entre los magnates. La *Pro-paganda* se contentó con enviar misioneros al Cairo.

Clemente XI (1700-1721) tomó medidas para la conversion de la Etiopia exhortando al rey Dodemanut á solicitar la deseada conciliacion. Envióle el P. José, Menor Reformado, recomendándolo al arzobispo de Etiopia y al abad general de los Antoninos. La Santa Sede probó igualmente muchas veces de enviar á Etiopia otros religiosos de la misma Orden, Carmelitas y Capuchinos; pero fueron todos mal recibidos, y muchos de ellos muertos por los turcos y aún por los etiopes.

Durante más de medio siglo quedaron éstos sin misioneros, hasta que á ruegos de D. Antonio de Abbadie; miembro del Instituto de Francia, que con su hermano ha explorado durante muchos años la Etiopia, Gregorio XVI creó la Mision de Abisinia, confiándola á los Lazaristas, y en 1846 creó y encargó á los Capuchinos el vicariato de los Gallas, y erigió el del Africa central.

Los coftos son por regla general comerciantes ó están empleados en los divanes del gobernador, sobre todo en clase de secretarios: hállanse extendidos por las posesiones egipcias del Sudan, del Suakim en el Darfur, de Taka en Dongolah, de Khartum en las tribus de los Baris. Acostumbrados á vivir en contacto con los musulmanes por espacio de tantos siglos, los coftos han contraido sus hábitos y costumbres; y á pesar de las persecuciones de aquellos, que han diezclado su nacion, han conservado sus creencias religiosas. Admitido el matrimonio de los clérigos en todas las Iglesias orientales separadas, los obispos son elegidos entre los monjes, únicos que guardan el celibato. Aunque la mayor parte de los monjes coftos conocen la sagrada Escritura y sobre todo el Evangelio, sus monasterios dejan mucho que desear tocante á la oracion y la obediencia, principales deberes y condiciones esenciales del estado religioso. De los numerosos conventos que pueblan las orillas del Nilo y la Tebaida tres solamente tienen el privilegio de proporcionar miembros al episcopado, y son los de San Antonio, de San Pablo y de San Macario: homenaje rendido por los coftos á los tres grandes maestros que tan poderosamente proclamaron en los desiertos de la Tebaida el triunfo del espíritu sobre la carne. Los conventos de San Antonio y de San Pablo están situados cerca del mar Rojo, en los desiertos que se extienden á la derecha del Nilo, casi en frente del Sinai. El convento de San Macario elévase á la orilla derecha del Nilo. El de San Antonio es el único que tiene derecho de suministrar patriarcas. Desde que el patriarca ha tomado posesion de su silla, no ejerce más autoridad sobre los sacerdotes, los cuales sólo dependen de la jurisdiccion episcopal.

pueblo contra su hijo y le cercó en medio de las montañas; pero siendo favorable á éste el sentimiento popular y apareciendo en escena Macheng, se vió obligado á huir, acudiendo á Sechele, rey de los Bakwenas, dejando el trono á su hermano. En medio de tantas luchas, Makencie era el amigo, el sosten y el consejero de Khama. Así, no debe extrañarse que éste tan adherido á la secta, por la que ha sufrido tantas angustias, y en la que cree encontrar todo lo que se contiene bajo el nombre de cristianismo, y como sumo sacerdote preside la conferencia bíblica á la cabeza de su pueblo.

Dejemos ahora al P. Croonemberghs el cuidado de darnos un informe exacto de la audiencia régia de la cual dependían tantas esperanzas. Despues de haber descrito brevemente el gran espacio central ó patio al rededor del cual estaban fabricadas las cabañas, prosigue diciendo: «En medio del patio estaban formados en semicírculo y sentados sobre los talones un buen número de súbditos del rey Khama, y éste en medio sentado en el suelo. No llevaba insignia alguna, á no tenerse por tal una enorme pluma en el sombrero de manufactura inglesa. Su traje era semejante al de un provinciano de cualquiera pequeña ciudad de Europa: zapato de cuero sin lustre, pantalones oscuros, camisa de franela y un sobretodo claro de tela de Inglaterra. Khama, que lleva el sobrenombre de *Caballero del Africa austral*, parece tener unos treinta y seis años; alto, de color ligeramente oscuro, casi aceitunado. Poco pelo en la barba y cabeza, la frente noble, suave la mirada y toda su fisonomía inteligente: el rostro, lleno de expresion, manifiesta un aire de bondad más que otro sentimiento. A su lado estaban sentados dos ministros presbiterianos, los señores Sykes y Elben. No conociendo nosotros al rey, el Sr. Sykes nos presentó á S. M.»

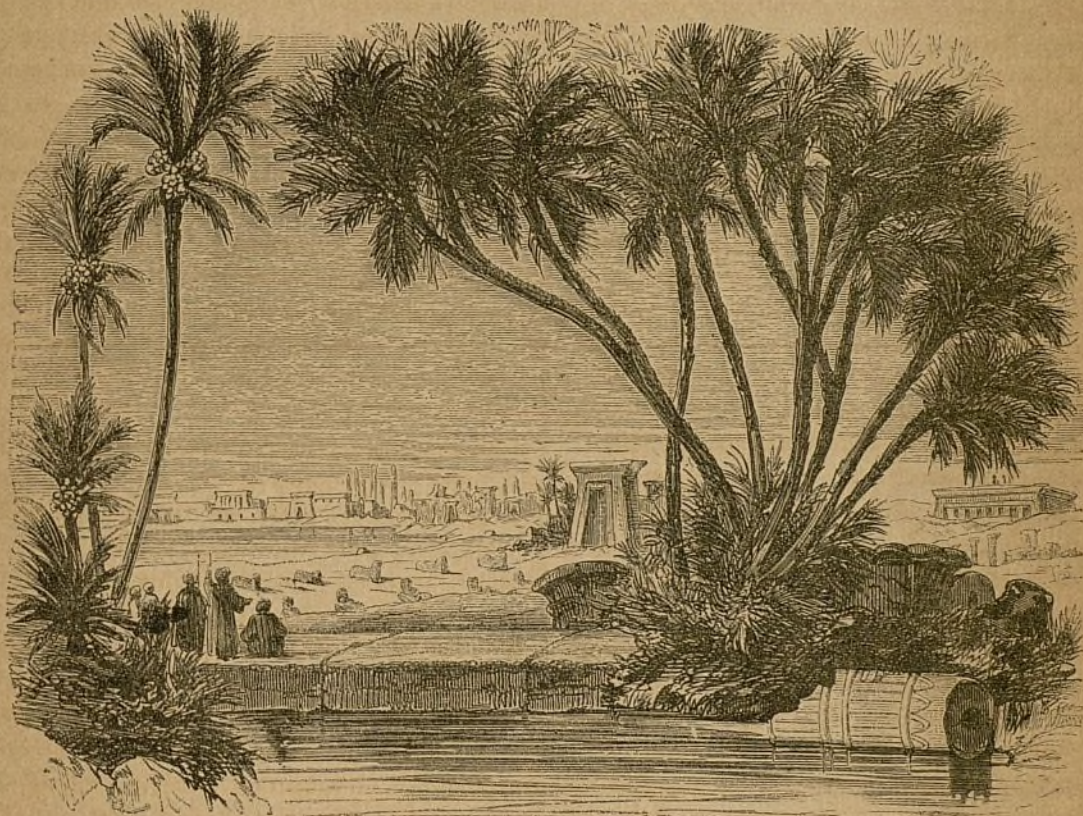
Poca confianza debían tener los Padres al ver al rey con tales consejeros, así que el éxito de la audiencia fué cual podía imaginarse desde el principio. El P. Croonemberghs continúa así: «Comenzó la conversacion por medio de intérprete. El P. Delpechin, nuestro superior, presentó ante todo la recomendacion que sir Bartle-Frere nos habia dado para S. M.; pero éste no se dignó leerla, ni siquiera la tocó. El P. Delpechin le entregó una carta de un amigo de S. M. residente en Kimberley, pero Khama tomándola no quiso abrirla. Nuestro superior pidió al Rey la facultad de enseñar á su pueblo la religion de Jesucristo, así como tambien las letras, las artes y las ciencias de Europa. La peticion fué acogida friamente, y la respuesta que dió fué que él ya se habia provisto de maestros. En fin, el P. Delpechin suplicó el favor de que le concediera un sitio para poder alojarse, y Khama dijo secamente que no tenia sitio alguno con ese objeto. Entonces el P. Delpechin tomó el partido de ofrecerle un magnífico fusil del sistema *Martini Henry*, y yo mismo me puse á abrir el estuche de este precioso instrumento. Todo el mundo se admiró de esta maravilla, pero el Rey lo miró con cierto aire de indiferencia. Finalmente, tomó en la mano aquella arma que el P. Delpechin le queria regalar, y despues de examinarla unos instantes se la devolvió dándole las gracias, añadiendo que al día siguiente iria á aceptarla á nuestro campamento. Al día siguiente, 24 de Julio, á medio día, vino á nuestro campamento el hermano del rey, que es muy parecido al

rey Khama. En esta visita manifestó un aprecio y amistad tal como no podia esperarse, se enterneció profundamente á la vista de un Crucifijo pintado por una señora de Grahamstown, y se mostró muy conmovido cuando oyó quiénes éramos, de dónde veníamos y el motivo que nos traía al Africa. Mas de repente á las doce y media vemos que nuestro campo se llena de gentes que acuden allí; la multitud va creciendo; ¿qué sucede? Es el Rey que viene. Este *Caballero del Africa austral* avanza con sencilla dignidad, seguido de su Consejo, sobresaliendo por encima de todos. Entra en nuestra tienda, y nosotros le renovamos, con la ayuda de un intérprete, las peticiones del día anterior. El Rey, sin responder á ninguna, principia á proponernos muchas y varias cuestiones de religion, y dice que se maravilla mucho y no puede comprender cómo puede haber en una sola religion diferentes creencias religiosas, y nos afirma que está resuelto á no buscar más maestros que los que ya tenia para su pueblo; porque, proseguía, si las dos religiones, la católica y la protestante, son una misma cosa, es claro que una sola es suficiente; si son diferentes, ambas se harán una guerra cruda, y llevarán la discordia entre mis súbditos.» Como ve todo el mundo, por lo que refiere el P. Croonemberghs, no era posible seguir adelante en el asunto. Demasiado verdad era que nuestros adversarios habian seducido al rey, lo cual sentian mucho los misioneros católicos. No quedaba otro remedio que resignarse á la voluntad de Dios, y esperar que pluguiese al Señor que este doloroso desengaño fuese la señal de futuro éxito en otro lugar más propicio.

Esperamos que nuestros lectores pedirán á Dios por este pobre pueblo, en vista de la doctrina que los ministros ingleses le enseñaban, la cual daremos á conocer con claridad. El mismo Mackencie, que hace mucho tiempo trabaja en estas regiones, y que ha sido promovido al empleo de magistrado en la provincia de Nord-Kimberley, nos lo dirá. Hablando de las formas externas de la religion que están en uso en Kuruman, de donde era presidente, afirma que «la Sociedad de los ministros de Lóndres es una amplísima institucion cuyos miembros no llevan en su traje señal alguna de sacerdotes ni pastores.» «Pocas veces, añade, el paño negro se ve en su traje, pero el hábito talar, alzacuello y corbata blanca jamás se les veia: y no era raro el caso de que un ministro se presentase al público con gorro de caza y zapatillas bordadas: aquel se lo quitaban al entrar en la iglesia, y éste desde el púlpito no se veia.» Parece que aquellos señores desconocian las formas exteriores del culto que nos han sido transmitidas á través de tantos siglos, de las cuales nos ha dado testimonio la antigüedad por los símbolos religiosos que en ellas se contienen y que tan á propósito son para ayudar nuestra naturaleza sensible; como si la dignidad de Dios y de su servicio y la fragilidad de nuestra naturaleza no reclamasen alguna señal exterior para ayudarnos á llevar nuestros pensamientos sobre las cosas de la vida actual, cuando nos ponemos en presencia de la Divina Majestad por el culto solemne. Ni los Sacramentos, canales de la divina gracia, tan llenos de eficacia como medicinales en su uso, tenían aquí importancia alguna. Así un ministro respetable podia amistosamente convenir

con un luterano en hacer uso de una misma Iglesia, omitiendo cada uno aquella parte de doctrina que se opusiese á la otra, y despues este honorable ministro podria lisonjearse de haber hecho una buena obra. «Los capítulos de doctrina sobre los que guardábamos silencio, escribe el mismo Mackencie, no tenían en nuestro *credo* aquellas proporciones que en el de nuestro amigo; por tanto no teníamos que hacer ningun esfuerzo para dejar los sacramentos y ceremonias, mientras en nuestro colega era una necesidad.» No hay duda que «la conciliacion era completa y en buena armonia,» y el buen ministro no recibió de sus superiores de Lóndres reconvenccion alguna por la liberalidad de su corazon. Aparece que ésta no era otra que la fria y dura doctrina calvinista de la rigida escuela presbiteriana, que no deja al hombre parte alguna en la obra de su salvacion, y por consiguiente ninguna responsabilidad en la reprobacion. Entre tanto, el mismo Mackencie nos dice en otro

lugar que mientras un dia insistia diciendo que «todo el conjunto de la salvacion de las almas es obra de Cristo, y que el hombre ninguna participacion tiene en ella ni la Iglesia,» la mujer de Sechele (rey de los Bakwenas) le interrumpió preguntando en alta voz: «Pues ¿para qué sirven los misioneros?» La pregunta no podia ser más oportuna, y el buen ministro habria prestado un gran servicio á sus colegas si se hubiese dignado añadir la respuesta que le dió. Y en hecho de verdad, si las palabras deben ser tomadas en su verdadero sentido, habia muy buenas razones en que fundar aquella pregunta. Estos *misioneros* se trasladan á los confines del mundo y se exponen, si así se quiere, á graves peligros, y son sostenidos por los donativos de las almas celosas de Europa; pero ¿en provecho de quién? Concedamos que su intento sea servir á Dios; pero si es verdad de hecho que el hombre no tiene parte alguna en la obra de la salvacion, no debe ser, por tanto, la salvacion de las al-



ABISINIA.—Ruinas de Axum. (Pág. 421).

mas el objeto de sus expediciones. Deplorar debemos el sistema en que ellos, sin culpa suya, han sido educados; y escribimos estas líneas para estimular á las almas fervorosas á fin de que eleven á Dios sus ardientes súplicas para que se digne conducir á estos pseudopastores y á su grey á los pastos de la verdad.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO IV.

Vida doméstica: nacimiento, educacion, matrimonio.

Cuando una mujer salvaje está próxima á su alumbramiento evita las largas jornadas y no sigue á su marido en las cacerías, á fin de encontrarse cerca de un riachue-

lo ó de un estanque en donde pueda hacer las abluciones tradicionales y conferir á su hijo un derecho sobre la tierra en que hay el agua. Llegado el momento, enciende fuego, y sin gritos, sin lágrimas, con algunos gemidos, pone en el mundo al pequeño sér de quien es madre. Luego polvorea á su hijo con ceniza fria ó tierra pulverizada, y despues de muchas abluciones en el agua, en la que se inmerge hasta los hombros, lo envuelve con una piel de didelfo ó de kanguru y empieza á amantarlo. A su nacimiento los australianos tienen la piel rojiza, pero tarda muy poco en volverse morena, y al cabo de un mes la tierna criatura es tan negra como su madre.

Así que oyen los primeros vagidos del sér recién nacido los salvajes preguntan cuál es su sexo. Si la madre responde que es una niña, no se mueven de su sitio en torno del fuego; pero si es un niño prorumpen en ex-

clamaciones de júbilo. Los hombres empiezan á cantar alegres estribillos, los jóvenes parten para la caza á fin de traer á la madre alguna pieza escogida, y hasta los niños le ofrecen raíces dulces, goma ó miel. Transcurridos dos ó tres días de descanso, la recién parida llena de gozo presenta el hijo á su padre, quien le impone un nombre que tenga relacion con algun suceso reciente. El joven *Conaci* fué así llamado porque en el instante de su nacimiento pasó por muy cerca de su madre una bandada de papagayos negros, apellidados en idioma australico *manaci*: cambiósese solamente la primera sílaba del vocablo.

Si nunca se encuentra entre los salvajes hombres ó mujeres lisiados ó deformes, débese á que los padres dan muerte á los hijos mal conformados, como se hacia entre los espartanos. Igual suerte está reservada al sordomudo y al idiota, aunque se les deje vivir algunos años para convencerse de que son incurables. Cuando una familia se aumenta con una tercera hija, su misma madre debe ahogarla, porque, dicen aquellos salvajes, no conviene que se multipliquen con exceso las mujeres. A veces se sacrifica la segunda hija si su nacimiento ha costado mucho á su madre, ó tan sólo si parece harto trabajoso mantenerla. El padre dice entonces que el *boglia* le ha quitado la vida, y la entierra sin que nadie se inquiete de la verdadera causa de la muerte. A veces, no obstante, encuéntranse australianos cuyo corazon más sensible opónese á tan bárbaras ejecuciones, y se encargan de la desdichada hija condenada al sacrificio. Así lo hizo la madre del joven Benito Upumera con la pequeña Cuchina, de la que hablamos en la primera parte de esta historia.

A pesar de esa horrible costumbre los salvajes de Australia aman tiernamente á los hijos que se avienen á mantener. Si uno de ellos, durmiendo ó jugando, cae y se hiere, su madre grita y llora con más fuerza que él. Las mujeres australianas amamantan á sus hijos cuatro años y aún más si les es posible. No es raro ver un salvajito de cinco á seis años abandonar el juego para tomar el pecho maternal, que acaba de dejar un hermano menor. Estos niños son vigorosos, ágiles, y muchos tienen formas esculturales que admirarian á los artistas. El afecto de los padres á su prole degenera hasta en debilidad. Los pequeños australianos casi nunca son castigados. A esta edad, dicen los indígenas, los niños no comprenderian el por qué de un castigo. Así vese á menudo un niño que para obtener de su padre ó madre lo que desea, les muerde y golpea, sin que éstos hagan otra cosa que reir. Apenas si les riñen un poco despues de haberles concedido lo que piden.

Uno de los placeres del indigena de Australia consiste en enseñar á su hijo el arte de la caza y el de la guerra. Prepárale armas proporcionadas á su edad, le fija un objeto, mostrándole con el ejemplo cómo se traspasa un animal ó un enemigo. Si obtiene buen éxito, le besa tiernamente, no empero como lo hacen los pueblos civilizados imprimiendo los labios sobre la frente ó las mejillas del niño; acarícialo aspirándole ó soplando delicadamente sobre la frente (1). Nunca consienten en

(1) Parece que la misma costumbre se observa en Cochinchina. « Cosa singular,—dice el Dr. Morice, que visitó recientemente aquel país,—el beso es desconocido á los anamitas: las madres no abrazan á sus hijos; les respiran, aproximándoles la nariz. Este es uno de los

separarse de sus hijos por más ofrecimientos que les hagan los colonos europeos. Así puede considerarse como una prueba de la profunda estima en que tienen los australianos á los misioneros de Nueva-Nursia la facilidad con que les confían sus hijos, aún para conducirlos á Europa.

Los hijos adultos pagan á su vez el amor de sus padres. Hasta en la más extrema senectud les prodigan tiernos y asiduos cuidados. Para ellos destinan la mejor parte de la caza y el mejor lugar cerca del hogar ó en la cabaña de follaje. En todas sus contiendas los hijos se constituyen protectores de sus padres, y vengan la menor injuria que se les haga con una lanzada ó un golpe de *bomerang*. Por último, despues de su muerte, en testimonio de su afecto y de su dolor matan uno ó dos salvajes de una familia enemiga. Una costumbre más conmovedora es la de que los adolescentes den el nombre de padre á todos los ancianos conocidos, y el de madre á todas las mujeres de edad proveya.

Hemos dicho que les está prohibido á los jóvenes australianos contraer matrimonio hasta la edad de treinta años. Esta prohibicion es la causa de la indiferencia que muestran para con las mujeres. El Ilmo. Salvado ha sacado útilmente partido de esto para conservar una grande honradez en sus mútuas relaciones y una verdadera sencillez de costumbres. Llegada la edad del matrimonio, el salvaje, fijándose en la joven de su eleccion, la pide al padre, quien ordinariamente se la concede si no está ya prometida á otro. Desde entonces la desposada pertenece á ese salvaje, aunque permanezca con su familia hasta la edad de la pubertad. Semejante compromiso es inviolable, y si una de las partes faltase á él, sólo con la muerte del culpable podria perdonarse la ofensa recibida por toda la familia. El salvaje tiene derecho, si no confía enteramente en su futuro suegro, á llevar consigo á su desposada, á la que trata entonces como hermana hasta el tiempo determinado para el matrimonio (1).

Cada australiano tiene por lo comun dos mujeres, una de veinte á veinte y cinco años, y otra de unos diez. Muchos, sin embargo, son monógamos. Si algunos tienen más de dos mujeres, es porque han adoptado, para darles ayuda y proteccion, la mujer de un amigo ó de un pariente difunto, ó bien porque han heredado la viuda de su hermano sin sucesor. Esta última costumbre parece, como observa el Ilmo. Salvado, un recuerdo de la ley mosaica (2).

La boda es más dramática cuando el joven australiano quiere una mujer extranjera á la comarca. Despues de entenderse secretamente con el padre de la joven,

rasgos que más sorprenden á un europeo á su llegada á Cochinchina.»

(1) Los naturales de la Australia occidental se dividen en seis familias principales, y no se casan indiferentemente entre sí, sino que siguen ciertas costumbres. El Ilmo. Salvado, para conservar estas y hacer observar las leyes de la Iglesia acerca el parentesco, ha formado el árbol genealógico de aquellas familias, que reproduciremos al fin de estos apuntes.

(2) « Cuando dos hermanos moren juntos y uno de ellos fallezca sin hijos, la mujer del difunto no tomará otro esposo que el hermano de su marido, quien la recibirá por mujer para dar sucesion á su hermano, y dará el nombre de éste al primogénito de los hijos que tenga de ella, á fin de que el nombre de su hermano no se pierda en Israel. » (*Deut.* xxv, 5).

CRÓNICA.

con ayuda de sus amigos procede al rapto de su prometida. «Un combate simulado, dice el Sr. Castilla, tiene lugar entre sus padres y los pretendidos raptos; pero la lucha se termina muy pronto: una comida reúne á los combatientes, y la jóven queda para el vencedor.» En todas esas uniones nunca se atiende la voluntad de las jóvenes, que se convierten en cosa de su esposo. La que está dotada de notable belleza no vive siempre en seguridad. Despues de pasar algunos años con un hombre de edad algo avanzada, corre peligro de ser robada por un jóven que la conduce léjos para evitar la venganza de la familia. Pero el raptor, aislado en un país desconocido, ve arrebatar su conquista por otro salvaje que lleva á la pobre australiana todavía más léjos. Así cuanto más favorecida es una mujer de los dones de la naturaleza, más miserable es su existencia. Su marido, extremadamente celoso, no consiente que se aleje un instante de su lado. Si dirige la palabra á un jóven ó se mezcla en los juegos de sus compañeras, avisala por primera vez hiriéndole la pierna con una lanzada, y si esta leccion no basta, le hace saltar el cerebro con su terrible *bomerang*. Esta es la razon por que las pobres australianas permanecen tan temblorosas en presencia de sus maridos. «Con frecuencia, dice el ilustrísimo Salvado, me he visto en la necesidad de interponerme entre salvajes todavía bárbaros y sus infortunadas compañeras, á las que querian dar muerte por faltas muy leves.»

Hemos dicho que los australianos lavan siempre con sangre las injurias hechas á su honor conyugal. Si no pueden alcanzar al culpable, ejercen la venganza en su mujer. Por lo demás, excepcion hecha de las sangrientas luchas provocadas por esas Elenas salvajes, casi siempre inocentes de las querellas de que son causa, la más rigurosa decencia reina entre aquellos hijos de los bosques. «En los tres años de vida nómada que he llevado con los australianos, dice el Ilmo. Salvado, nunca he sorprendido en ellos la menor accion contraria á las buenas costumbres. Harto pude advertir que, cuando se disponian á tomar el nocturno descanso en medio del bosque y bajo la bóveda celeste, los hijos de seis años arriba dormian aparte al rededor de un gran fuego; los más pequeños descansaban cerca de su padre, y los niños de pecho y las hijas de toda edad acostábanse junto á su madre.»

Si se nos objeta que los indígenas que frecuentan las colonias inglesas se muestran mucho menos dignos acerca este punto, y dejan arrebatar sus mujeres sin lamentarse vivamente, sobre todo cuando se les da buena recompensa, nuestra respuesta es muy sencilla. Estos desdichados australianos han perdido toda la fiereza nativa de su raza: el abuso de los licores fuertes á menudo los ha embrutecido, y saben, por lo demás, que sus quejas no serian atendidas. Es verdaderamente vergonzoso, añadiremos, que los europeos echen en cara á los salvajes los vicios, que por así decirlo, les han inoculado y que les encuentren resignados á la dura dominacion de los invasores de su país.

(Se continuará).

Filipinas.— Con motivo de los terremotos que tanto estrago han causado en aquel archipiélago y de los cuales dimos cuenta oportunamente (pág. 332), el señor Arzobispo de Manila publicó una pastoral exhortando á acudir á Dios para obtener misericordia y disponiendo para el 22 de Julio públicas y solemnes rogativas en el anchuroso campo de Bagunbayan junto á la ciudad.

« Antes de las seis de la mañana, refiere el *Diario de Manila*, estaban reunidas en el lugar citado todas las autoridades superiores de las islas, las fuerzas de la guarnicion de esta capital y todos los empleados de la Administracion civil, de Hacienda y de Justicia. Un gentío inmenso rodeaba el kiosko que se habia levantado en el centro del paseo de la Luneta: confundidas allí todas las clases de la sociedad, formaban una masa compacta de hermanos y de fervorosos creyentes que derramaban ardorosas lágrimas y lanzaban al cielo hondos suspiros, pidiendo al Supremo Hacedor de la naturaleza y gobernador de sus manifestaciones la paz, la reconciliacion y la misericordia.

« Poco despues fueron llegando todas las comunidades religiosas con aspecto modesto y recogido, con pausado é imponente paso y cantando á coros el *Miserere* y la letanía de los Santos... »

Los Agustinos llevaban la magnífica y milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Correa, acompañada por una masa compacta de fieles y por las colegias de Santa Isabel, que llevaban al Señor del Tesoro, tan querido y venerado en aquella capital.

Despues fueron llegando los Recoletos con la tiernísima y milagrosa imagen del Señor de la Paciencia, y los Franciscanos con la de su seráfico Fundador, que ha sido siempre el consuelo y amparo para los habitantes de Manila en las épocas de sus grandes calamidades. La tradicion llama á dicha Imagen « de las Lágrimas, » porque es fama que derramó copioso llanto en circunstancias parecidas á las actuales.

Acudieron los Dominicos con su Virgen del Rosario llamada vulgarmente la Japona, porque recorria los mares, é iba y venia en las famosas naos de Acapulco.

La Comunidad de Jesuitas, acompañada por sus educandos del Ateneo y Escuela municipal, llevaba las Imágenes de san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier y san Luis Gonzaga.

A las seis y cinco minutos llegó el Cabildo eclesiástico, con el Seminario conciliar, presididos por el venerable Prelado, y llevando la Imagen antiquísima y milagrosa de Nuestra Señora de la Guia. Poco despues llegó la Comunidad de San Sebastian con la venerada Imagen de Nuestra Señora del Carmen.

A los dos lados del kiosko levantado para el santo Sacrificio estaban con sumo recogimiento y visiblemente conmovidos el Capitan general, los altos funcionarios, las corporaciones administrativas, las Comunidades y los fieles; y el centro quedó ocupado por las señoras de las Autoridades y todas las damas de Manila, que permanecieron todo el acto de rodillas y derramando continuamente piadosas lágrimas. En la esplanada principal y frente al altar estaban á pie firme todas las tropas de la guarnicion, mandadas por el General segundo Cabo.

Celebró la misa el señor Arzobispo, y terminada entonó las preces del Ritual; invocó la santa proteccion de las milagrosas Imágenes allí presentes; levantó sus enternecidos ojos y sus manos al cielo, y dió su bendicion de Padre y de Pastor á aquel inmenso pueblo, que postrado en tierra pedia á Dios desde el fondo de su alma misericordia y perdon.

Concluida la ceremonia de la bendicion pastoral el P. Subrillaga pronunció una breve y tiernísima alocucion; con frases sentidas que arrancaron lágrimas á los concurrentes pintó la triste situacion de Manila; excitó á los concurrentes á que hicieran penitencia de sus pecados para obtener la reconciliacion de Dios, y concluyó diciendo en alta voz el Acto de contricion, que fué repetido por la inmensa multitud arrodillada y profundamente conmovida.

Con el mismo orden y compostura con que vinieron las Comunidades religiosas se retiraron procesionalmente á sus respectivos conventos, seguidas de multitud de fieles que iban repitiendo en alta voz la letanía de los Santos.

El comercio quedó paralizado y se cerraron los establecimientos públicos.

El P. Faura, de la Compañía de Jesús, director del Observatorio, ha trabajado mucho, y todos, desde el Capitan general hasta el último súbdito, han puesto en él los ojos y esperanzas, aunque nada ha podido hacer sino observar y estudiar las curvas, descubriendo por

ellas los focos de donde toman origen, y señalando los puntos de más peligro.

El *Diario de Manila* frecuentemente le cita, y, como todos sus correligionarios, tiene basadas sus observaciones y consideraciones en las que el ilustre Religioso les ha facilitado por medio de las descripciones gráficas que ha sacado de sus instrumentos, en especial de su ingenioso sismómetro.

En la imposibilidad de trasladar á nuestras columnas el concienzudo é interesante resumen que el mismo P. Faura facilitó á los periódicos de Manila á medida que se fueron sucediendo los espantosos terremotos, terminaremos con las palabras que, en mérito á aquellos trabajos, pone el mismo *Diario*:

«Existe el pensamiento de nombrar hijo adoptivo de Manila al Rdo. P. Federico Faura, actual director del Observatorio meteorológico.

«Ciertamente que pocas recompensas habrá tan merecidas. ¿Qué menos puede hacer un pueblo que llamar hijo adoptivo al que sacrifica su reposo y su salud en aras del bien común?

«El P. Faura, joven lleno de actividad y entusiasmo, no sólo vela por las vidas de los que en el mar fijan su subsistencia, sino también consagra los momentos de descanso al estudio intrincado de los fenómenos geológicos que tanto conmueven este país.

«La atmósfera, la tierra, los huracanes, los temblores.

«Arrancar las amenazadas vidas de los marinos á una muerte cierta, anticipándoles el peligro.

«Buscar el secreto de la naturaleza en las entrañas de la tierra para descubrir el origen probable de esas sacudidas nerviosas del planeta en que habitamos, y prevenirlas, si es posible. Esta es la obra de abnegación del virtuoso Jesuita.

«Y esos trabajos no se hacen, no se pueden hacer sino á expensas



HU-PE NOROESTE (China).—Seminario de la Mision. (Pág. 429).

de la vida, demasiado corta ya de sí para que le anticipemos su término.

«El nombramiento de hijo adoptivo de Manila del P. Faura será una justicia á sus honrosos merecimientos: justicia que hoy le hacen los que de cerca le observan y á la que tiene indisputable derecho.»

El Comercio, después de insertados los elogios del *Diario*, añade:

«Estamos seguros de que la población unánime aplaudirá ese pensamiento. El P. Faura se ha captado hace tiempo, y hoy doblemente, las simpatías de todos por su saber y su modestia; nosotros deseamos vivamente que sea un hecho lo que el colega decano indica; y Manila se honrará muy mucho con contar entre sus hijos al virtuoso é incansable Jesuita que sacrifica su reposo al bienestar de sus semejantes, pues á este fin tienden siempre esas constantes observaciones para arrancar á la naturaleza sus secretos.»

¡Justos juicios de Dios! Mientras la *civilización moderna* persigue y no da reposo á los ínclitos hijos de san Ignacio, el Señor, por secretos é inescrutables designios, les depara lauros y coronas, haciendo brillar sus méritos y sus virtudes en bien de los mismos perseguidos, á veces, y de todos los afligidos, siempre que se presenta la necesidad.

Respecto á las desgracias ocasionadas por los terremotos, añade el *Diario de Manila*:

«Provincias enteras, ayer prósperas y felices, yacen hoy sumidas en dolor inmenso, viendo convertidos en informe montón de ruinas sus sólidos edificios, y bajo escombros sus valiosos intereses.

«Terrible sino el de este país, á quien parece que la Providencia, en contraposición de su fertilidad inagotable y de los más preciados dones naturales, parece haber sujetado á dos horribles tempestades,

igualmente temibles: la tempestad en la atmósfera, la tempestad subterránea.

«Contra estas catástrofes no queda más defensa que la protección divina, con fe y alma contrita implorada; para la reposición de tantos desastres no debe haber más fuente de inspiración que el trabajo, fortalecido con la conformidad y resignación cristianas.

«Las gentes procuraron ponerse en salvo, trasladándose unas á los zaguanes y otras á la calle, en medio del mayor aturdimiento, confusión y estupor: los que fueron sorprendidos por el temible accidente en las vías públicas, ó bien se dieron á correr sin dirección fija, ó bien se arrodillaron y permanecieron en las plazas dando penosos alaridos.

«No se sabe, no se puede calcular toda la inmensa duración de un minuto y cuarto, sino cuando se vive todo ese tiempo entre la vida y la muerte, creyendo á cada movimiento hallar término á aquella eternidad de angustia...»

Sigue una larga enumeración de los desplomes y hundimientos, y de las espantosas grietas de más de seiscientos metros de ancho y de varias leguas de largo con una profundidad sin límites, en que se presenta el terreno en algunos puntos de aquellas desoladas provincias.

Todas las autoridades han llenado su deber de una manera admirable, y el señor Arzobispo, el clero y las Ordenes religiosas se han multiplicado para consolar y aliviar á los infortunados filipinos.

Armenia.—Una carta de Constantinopla nos da los siguientes pormenores sobre la situación de Armenia:

«Los crímenes continúan con toda libertad, en prueba de lo cual citaremos un solo hecho ocurrido entre Adana y Cesarea. El Rdo. Emmanuelian, vicario del Ilmo. Hadjian, arzobispo armenio católico, habiendo sabido en Constantinopla la muerte de su Prelado, apresuró á volver á Cesarea. En Adana se juntó á una numerosa caravana que seguía el mismo camino. Cerca de Kenylek una partida de bandidos circasianos y emigrados de Rumelia precipitaron sobre algunos individuos aislados de la caravana, y después de haberles saqueado quisieron obligar á los cristianos á renegar de su fe y abrazar el mahometismo. Ninguno de ellos consintió. Entonces aque-

llos musulmanes circuncidaron violenta y horriblemente al cristiano de más edad, con propósito de verificar lo mismo en los demás; pero felizmente llegó el grueso de la caravana, y los asesinos huyeron.

«¿Cuál fué el dolor del Rdo. Emmanuelian á vista de tan horrible escena! Refiere él mismo que de Adana á Cesarea, en un trayecto de muchas jornadas, no encontró un solo agente de seguridad pública; así es que todo aquel país y sus habitantes están á merced de los circasianos, de los emigrados de Rumelia y de los turcomanos.

«El mismo Hakki-Bey, gobernador de Adana, propone el mahometismo á los cristianos que por uno ú otro motivo tienen que dirigirse á él. Los diferentes Patriarcados han reclamado á la Sublime Puerta contra el proceder de dicho funcionario, pero nada han obtenido. Hakki-Bey ha llegado á tener noticia de las quejas elevadas contra él por los jefes de las diferentes comuniones, y ha amenazado castigarlos como *perturbadores del orden público*. Sería interminable referir las crueldades de que nos da noticia cada correo de Anatolia, y mientras tanto el Gobierno turco da muy poca importancia á todas las reclamaciones, pretendiendo que sólo se trata de hechos exagerados ó aislados.

«El patriarca de los armenios gregorianos ha presentado á todas las embajadas un proyecto por el cual pide la *autonomía administrativa* para la Armenia; pero el Sultán, cuyas intenciones tocante á este particular había sondeado el Sr. Goschen, embajador inglés, ha declarado llanamente que no cedería jamás á tal exigencia.

«El hambre continúa haciendo estragos en Armenia. Verdad es que se ha podido hacer llegar un poco de trigo, pero las hordas de kurdos que durante el invierno se veían obligados á encerrarse en sus viviendas subterráneas, infestan ahora los caminos y arrebatán el trigo enviado de Sivas á las provincias más castigadas. Por otra parte los kurdos, pueblo nómada, no cultivan ni siembran, y por lo mismo viven á expensas de los cristianos. Abstienen, en efecto, de atacar á los pueblos mahometanos, no porque sean habitados por sus correligionarios, sino porque las autoridades turcas, tan indulgentes cuando se trata de nosotros, no lo tolerarían.

«Así, pues, la situación de la Armenia no ha mejorado al llegar la buena estación. Además, las noticias que llegan de la provincia de Angora son muy alarmantes. Dicen que toda la cosecha de la antigua Galatia ha sido enteramente destruida por el mal tiempo y por la langosta, y por consiguiente no tardará en manifestarse también el hambre en dicho país.»



OCEANIA.—Çakobau, último rey de Fidji.

Hu-pe noroeste (China).—

Esta Misión cuenta hoy con un nuevo seminario debido al celo del Ilmo. Billi, vicario apostólico, que sucumbió el año anterior, víctima de su abnegación en socorro de los hambrientos. Una piadosa hienhechora ha costado en gran parte la construcción de este edificio, situado en medio de las montañas, cerca de una cristiandad que cuenta 2,000 almas. (V. página anterior).

Kiang-si (China).—Por Breve apostólico la Misión del Kiang-si ha sido dividida en dos vicariatos: el de Kiang-si septentrional á cargo del ilustrísimo Bray; y el de Kiang-si meridional, para el que ha sido nombrado provicario el reverendo Adrian Rouger.

Chen-si (China).—El ilustrísimo Chiaïs, vicario apostólico del Chen-si, escribía en 24 de Abril al P. María de Brest, procurador de las Misiones franciscanas en París:

«Os agradezco el envío de 3,200 francos para nuestros pobres hambrientos. Es incalculable el número de niños arrojados á los campos y vías públicas. Hago recoger multitud de ellos para colocarlos en los huérfanos. Esperemos que Dios se apiadará de nosotros y que la cosecha llegará este año á sazón, pero esto no obstante ¡cuántas cargas que sostener! La Providencia nos ayudará.»

EL ÚLTIMO REY DE FIDJI.

Extracto de una carta del P. Montmayeur, de la Sociedad de María.

Los ministros wesleyanos, que pretenden estar al corriente de la genealogía de los reyes de Bau, refieren á 1817 el nacimiento de Çakobau: yo creo que lo rejuvenecen en una decena de años. Pero en Fidji es necesario adivinar la edad de los individuos, y tiene que pasar

mucho tiempo aún antes que los fidjianos puedan darnos la fecha de su nacimiento.

Un ministro wesleyano ha escrito un libro en el que se encuentran curiosísimos detalles sobre la infancia y juventud de Çakobau. Lo que el libro dice es muy verosímil, y no inspira sentimientos de gran estima hacia el personaje. Apenas se puede en nuestro país concebir la existencia de mónstruos que desde sus primeros años hayan cometido tales crueldades. Çakobau mamaba todavía, cuando ya manifestaba sus feroces disposiciones lanzando flechas contra los que le contrariaban (1). Aún no tenía uso de razón, y ya era asesino. Jugando un día á orillas del mar, supo que en el pueblo se trataba de degollar hombres para un festín de caníbales: inmediatamente trata de buscar una víctima, y empieza por apalearlo á uno de los muchachos que con él jugaban. Sus instintos sanguinarios fueron desarrollándose más y más cada día; de tal modo, que no sólo llegó á ser el más ávido devorador de carne humana, sino que inventó las crueldades más inauditas.

Un día que un jefe rebelde fué llevado á su presencia, hizo que los que le conducían le cortasen la lengua; se la comió cruda en presencia de la víctima, á cuyas señales de súplica contestaba con groseras chanzas, por más que lo que el rebelde pedía era que le permitiesen morir cuanto antes. Únicamente después de haberle sujetado á todo género de torturas fué cuando por fin dispuso que lo matasen, y una vez muerto y cocido se lo comió. Otra vez, en una refriega que sostuvo con una tribu vecina, cayeron en su poder dos prisioneros. De primera intención les condenó á que ellos mismos fabricasen el horno en que habían de ser asados, para lo cual les hizo recoger una buena cantidad de leña. Concluido este trabajo preliminar, les mandó que construyesen dos grandes vasijas de hojas ó corteza de árbol; abrióles á los dos una vena, y recogiendo la sangre en los vasos, la bebió é hizo que su gente la bebiese. A continuación se procedió á la amputación de brazos y piernas, que cocidos, se repartieron y comieron por orden de aquel mónstruo. Parece que nada más cruel puede ya inventarse; pero sí: los prisioneros viven todavía y los tormentos siguen. Çakobau manda que les atraviesen la lengua con grandes ganchos; tiran de ellos y consiguen arrancar aquellos miembros del resto del cuerpo; cortan las lenguas en rebanadas y las asan inmediatamente. Después aquel tigre las devora sazónando su comida con chistes burlescos que dirige á los desventurados. Finalmente, para terminar tanto suplicio, hace que les abran el costado, y las víctimas antes de morir pueden ver sus propias entrañas. Los hechos de este género abundan en la vida de aquel canibal: quizá no haya pasado una semana sin gozar de un festín de carne humana. No debe, pues, asombrarnos la contestación de Çakobau á los capitanes de buques ingleses que le amenazaban con poner fin á sus comidas de antropófago: «Vosotros, *papalagis*, teneis buyes y por eso no comeis hombres; para mí los hombres son lo que para vosotros los buyes.»

Hasta 1850, y aún después, fué este el modo de existir de Çakobau, que era rey de hecho, aunque su anciano padre Tanoa retuvo el título. Los ministros herejes

emplearon todos los medios imaginables de astucia y de amenaza para lograr introducirse en Bau, cuyo nombre iba siendo terrible en todo el archipiélago. El tigre enseñaba sus afilados dientes á los que intentaban hacerle renunciar al canibalismo. La boca de los cañones que á veces tenía ocasión de ver á bordo de los barcos no dejaba de intimidarle, y en más de una ocasión su estampido sonó en defensa de los ministros.

En 1851, visitando el archipiélago el Ilmo. Bataillon, no pudo conseguir una entrevista con Çakobau para comprometerle á que recibiera á los misioneros. Los wesleyanos no habían podido todavía obtener este favor, y el Ilmo. Enos no fué más afortunado que ellos. Por fin, los primeros llegaron á penetrar en la ciudadela en 1853, y en 1854 se rindió á sus amenazas y á sus apremiantes exigencias. Se declaró wesleyano, y todo su reino le imitó. No sé cuánto tiempo tardó el nuevo convertido en recibir el bautismo.

La conversión fué sincera, á lo menos en lo que se refería á la antropofagia: respecto á la crueldad y feroces instintos no han desaparecido por completo. Basta ver á Çakobau para convencerse de que es un hombre cruel. El barniz wesleyano disimula sus cualidades, pero no las borra. Los herejes han extendido un velo sobre los apetitos brutales de su protector, y gracias á eso las venganzas que este hombre ha continuado ejerciendo contra los que le desagradan, no han herido su reputación de perfecto convertido. Desde entonces los blancos han buscado todos los medios de explotar á este conquistador; se han rebajado hasta el punto de ser sus aduladores, sus servidores viles, á fin de engordar á su costa. Sus continuas relaciones con los europeos han acabado de darle cierto tinte de civilización. Su ambición ha sabido aprovecharse de la habilidad de aquellos que, al ponerse á su servicio, lo hacían principalmente en provecho propio. Así se explica que habiendo encontrado ingleses y americanos bastante dóciles para prestarle sus espaldas como escalones, haya llegado á la suprema soberanía de todo el archipiélago.

El ensayo de gobierno constitucional que los blancos habían intentado establecer en Fidji con el concurso de jefes indígenas y bajo la autoridad nominal de Çakobau, fracasó de tal manera, que no quedaba otro recurso que una anexión á Inglaterra. Se habían nombrado comisarios para preparar esta cesión, pero los jefes exigían condiciones que frustraron el proyecto. Finalmente, sir Hercules Robinson, gobernador de Nueva-Gales del Sur, investido por su Reina de plenos poderes, se dirigió á Fidji á concluir el negocio. En su primera entrevista con el tui (rey) de Fidji á bordo de la fragata *Pearl* el 25 de Setiembre de 1874, le declaró que en interés de su país y de su futuro gobierno no podía aceptar otra cosa que una cesión sin condiciones, y que los jefes debían someterse á la generosidad y justicia del gobierno inglés. Çakobau contestó:

—La Reina tiene razón; cuando un jefe hace un donativo, no debe poner condición alguna; yo, si no hubiese sido aconsejado, no la hubiera impuesto.

El acta de pura y simple cesión se levantó en el palacio del gobierno el 30 de Setiembre. Faltaríamos á la exactitud si dijéramos que la firmó Çakobau. Tuvo que conformarse con que su secretario firmase en nombre

(1) En Oceanía las madres acostumbran amamantar á sus hijos hasta la edad de cuatro años.

NECROLOGÍA.

suyo. Él colocó la mano sobre su nombre, aplicó su sello, y dijo: «Esta es mi firma.» Todos los jefes de alta importancia que estaban presentes firmaron; no así el gobernador inglés, que quiso esperar á que viniesen los que faltaban. La *Pearl* y la *Didon*, á bordo de las que estaban sir Hércules y el rey, partieron aquel mismo día para ir á buscar á los jefes ausentes.

El acto solemne de cesion tuvo lugar el 10 de Octubre. La noche precedente y toda la mañana de aquel día rugió la tempestad y llovió á torrentes. A la una se aseguró un poco el tiempo, y se terminaron á toda prisa los preparativos interrumpidos. A las dos y veinte minutos sir Hércules Robinson abandonaba la *Pearl*, acompañado de un brillante estado mayor: diez y siete cañonazos le saludaban en medio de los atronadores hurras de la tripulacion. La infantería de marina y las tropas indígenas le aclamaron á su desembarque. Çakobau, rodeado de sus jefes y ministros, le esperaba en su palacio. Se sentó, teniendo á su derecha á sir Hércules, y á su izquierda al comodoro Goodenough: el resto de los asistentes permanecia de pié. Se leyó de nuevo en fidjiano y en inglés el tratado de cesion, al que los jefes que el 30 de Setiembre estaban ausentes unieron sus firmas.

En el relato de este acontecimiento no podemos pasar por alto una circunstancia que no carece de interés. En aquel momento el primer ministro del rey que abdicaba presentó al gobernador una enorme maza y pronunció el discurso siguiente: «Cediendo Fidji á la reina Victoria, el rey desea enviar á S. M., por medio de V. E., el objeto único que le resta y que puede interesarle: su vieja y favorita maza de combate. Esta habia sido hasta los últimos años la única ley de Fidji. Al abandonar esta ley de la fuerza para adoptar los principios de las naciones civilizadas, el rey hace de su antigua maza el fundamento del Parlamento de Fidji. Como V. E. puede ver, en ella se han grabado los emblemas de paz y amistad. El rey me encarga deciros que muchos súbditos y tribus enteras han desaparecido bajo los golpes de esta maza, pero que aún quedan cientos de miles de fidjianos para gozar de los beneficios de un órden de cosas mejor. Con esta arma de guerra envia tambien el rey á la reina de Inglaterra la seguridad de su cordial respeto. Cuenta con que S. M. y sus sucesores velarán por el bienestar de sus hijos y de su pueblo, que renuncian sus costumbres antiguas para aceptar, bajo la bandera inglesa, una civilizacion más elevada.» Esta maza, antigua arma de guerra del vunivalu, estaba enriquecida de diversos dibujos de plata.

El gobernador firmó el acta de cesion y la copia que se habia preparado; despues subió á la azotea del palacio. Esta vez el vunivalu estaba á su izquierda, el comodoro á la derecha. Declaró á la asamblea que desde aquel día Fidji era una posesion de la Corona británica. Se desarboló en silencio la bandera fidjiana, y en seguida apareció la del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda. Toda la multitud le saludó con una salva de aplausos: la música de la fragata tocó el canto nacional, *God save the Queen*, mientras que la *Pearl* disparaba una salva de veinte y un cañonazos.

Sir Hércules, antes de partir, decretó que Çakobau recibiria una pension anual de 900 libras esterlineas.

Zanguebar (*Africa oriental*).—El Rdo. P. Antonio Horner, de la Congregacion del Espíritu Santo y prefecto apostólico de Zanguebar, cuya muerte anunciámos en la pág. 312, habia nacido el 20 de Junio de 1827 en Schoenemburgo, pueblo de la Alsacia. Era el más jóven de cinco hermanos, y sus cristianos padres lo ofrecieron al Señor. En 1850 entró en la referida Congregacion, siendo su más vivo deseo dedicarse al servicio de los negros. Ordenado presbítero en 1854, destináronle aquel mismo año á la isla de Borbon, con encargo de evangelizar Salazia, en el interior de las montañas, en donde todo estaba por crear. Poco tiempo despues fué llamado á dirigir la leprosería de San Bernardo, con la parroquia del mismo nombre, lo cual hizo que le llamaran el *Padre de los leprosos*.

La parroquia comprendia una poblacion de cerca 2,000 almas diseminadas en una extension de 6 leguas de longitud y hasta las alturas más distantes de la isla. Por toda habitacion sólo encontró una miserable choza de paja desprovista de todo. Pero lo que más le contristó fué el infeliz estado de la parroquia bajo el punto de vista religioso. Entre el corto número de personas convertidas, la mayor parte ni sabian hacer la señal de la cruz. A los esfuerzos de su celo aquellas pobres gentes sólo contestaron al principio con ultrajes, hasta el punto de llamar con su nombre á sus perros. Léjos de ayudarle en construir una nueva capilla, robábanle por la noche los materiales reunidos durante el día. Sin embargo, no tardó en obrarse un cambio en la poblacion. El celo y la bondad del P. Horner le ganaron todos los corazones; con ayuda de los negros consiguió construir una linda capilla, é hizo de ellos buenos cristianos.

Entre los infelices leprosos fué sobre todo donde se mostró toda la grandeza de su alma. Pronto le amaron como á un padre, y cuando tuvo que dejarles para ir á Zanzíbar quedaron inconsolables.

Hasta 1859 toda la costa oriental del Africa, desde los Gallas á Mozambique, en una extension longitudinal de más de 800 leguas, habia quedado sin misioneros. El Ilmo. Maupoint, obispo de Saint-Denis en la isla de Borbon, concibió el designio de llevar allá la buena nueva, y uno de sus vicarios generales, el Rdo. Fava, actual obispo de Grenoble, se dedicó con celo á esta obra. Pronto, empero, se comprendió que para su continuacion y desarrollo se necesitaba un Instituto religioso, y la Mision naciente fué confiada á la Congregacion del Espíritu Santo. Entonces fué elegido el P. Horner. Dejó Borbon el 28 de Mayo de 1863, y el 16 de Junio llegó á la isla de Zanzíbar, á la cual debia consagrar el resto de su vida.

Idolatría y esclavitud: hé aqui en dos palabras la situacion del Africa. Quien dice esclavitud, dice abismo de crueldad, de inhumanidad, de sufrimiento, de degradacion; y en Zanzíbar esa horrible plaga se mostraba en pleno día en el mercado de esclavos. Añádase á ella el más abyecto fetichismo, acompañado de monstruosas supersticiones. El P. Horner combatió resueltamente esos males por todos los medios que pudo, por la palabra y por la pluma, por los recursos que la caridad ponía á su disposicion, y sobre todo por sus apostólicos trabajos.

En 1866 el huerfanato de Zanzíbar contaba ya 150 niños amamantados á la tiranía musulmana, sin contar los que habian ido al cielo (1). El P. Horner hubiera querido librar á todos los que eran conducidos al mercado de los esclavos, y no hay que decir cuál fué su alegría cuando en 1872 vió llegar á Zanzíbar á sir Bartle Frere, enviado por la Gran Bretaña para negociar con el Sultan la abolicion de la esclavitud.

Los viajeros y exploradores recibieron siempre la más cumplida hospitalidad por parte del P. Horner, cuyo más ardiente deseo era ver abrir una gran vía de comunicacion hacia el interior. La narracion de sus excursiones, sus numerosas cartas reproducidas por los periódicos, le habian dado á conocer por todas partes. Muchas Sociedades de Geografia le nombraron miembro honorario, y él aprovechaba todas esas circunstancias para patrocinar la causa de sus queridos negros.

Veia gozoso crecer su obra de Zanzíbar, que bien pronto necesitó ensanchar sus límites. Como tenia por máxima que es preciso moralizar al negro por medio del trabajo practicado cristianamente, emprendió un largo viaje con objeto de estudiar el sitio más favorable para la fundacion de un establecimiento agrícola, y se decidió por Bagamoyo, á donde se dirigió con el P. Machon en 4 de Marzo de 1868.

(1) Varios de aquellos niños están representados en el grabado de la página siguiente. En el centro del grupo está situado el ilustrísimo Maupoint, teniendo á su derecha al P. Baur, y á su izquierda el Rdo. José Martin, vicario general.

La energía del P. Horner supo triunfar de todas las dificultades. En breve aparecieron las construcciones más espaciosas, capilla, almacenes, chozas, etc., y pudo hacerse venir de Zanzibar á Bagamoyo la mayor parte de los niños.

Sin embargo, no tardó la obra naciente en sufrir duras pruebas. El 18 de Mayo de 1872, en menos de una hora un furioso huracan destruyó completamente el trabajo de cuatro penosos años, los recursos del presente, las esperanzas del porvenir. La Mision de Bagamoyo estaba casi enteramente arruinada, y la de Zanzibar había sufrido considerables pérdidas. «Tengo destrozado el corazón, escribía el P. Horner á uno de sus amigos, pero no desfallezco, y me pongo de nuevo á trabajar para proporcionar un refugio á mis pobres niños. ¿Abandonaría yo á trescientos huérfanos? ¡Oh! no, ¡jamás! Juntos conllevaremos nuestras penas y miserias, y la caridad de nuestros bienhechores hará

lo demás.» En efecto, este grito de angustia tuvo eco, y en poco tiempo la Mision pudo levantarse de sus ruinas.

Así es que en 1873 sir Bartle Frere, enviado á Zanzibar como ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, hablaba de ella con grande elogio en una memoria oficial dirigida á su Gobierno: ¿qué diría el gobernador general del Cabo si visitase hoy á Bagamoyo? Todo allí está transformado: vése una hermosa capilla de piedra dominada por una torre-campanario, sólidos edificios para los misioneros, las Hermanas y los niños, un considerable plantío de cocoteros, árboles de café y toda clase de frutales, un pequeño pueblo de cristianos formado por unas 80 familias, numerosos huérfanos educados y mantenidos por los Padres del Espíritu Santo, etc.

Apenas fundado Bagamoyo, el generoso apóstol dirigió sus miradas al interior del África, y emprendió una larga excursión para explorar



ZANZIBAR.—Niños negros rescatados por la Mision. (Pág. 431).

el Ukami, el Ukuere y el Ussigua, á fin de buscar un sitio propicio para la fundación de nuevas estaciones. En efecto, para no sacrificar inútilmente la vida de los misioneros, era de suma importancia elegir un lugar saludable. Fruto de este último viaje fué la creación del nuevo establecimiento de Mhonda en la montañas del Nguru, que dedicó al sagrado Corazón de Jesús.

En este sagrado foco se inflamaba su apostólico celo. «¡Cuánto sufro, exclamaba, viendo esa miés africana, madura y abundante, pero que se pierde por falta de trabajadores!» Por esto cada vez que la enfermedad ó la fatiga le obligaban á restituirse á Francia, empleaba su estancia en la madre-patria interesando á las personas caritativas en favor de sus queridos negros, ó promoviendo vocaciones apostólicas y religiosas.

Su postrer viaje al Ussigua le dejó muy postrado, y á su regreso

tuvo que pasar un mes en el hospital que había hecho construir él mismo, pocos años antes, para los europeos. El clima africano había minado su salud. La enfermedad le atacaba bajo todas formas, como una presa que no puede ya resistir más. A los accesos de la fiebre juntáronse una bronquitis y una pulmonía, y á fin de Mayo de 1879 tuvo que abandonar — ¡ah! para siempre! — su querida Mision.

Dirigióse á Francia para atender á su salud, pero el mal había echado profundas raíces, y sucumbió de extenuación en Cannas el 8 de Mayo á las cinco y media de la tarde. Sus funerales fueron magníficos. El clero y pueblo de la ciudad tuvieron á honor pagar un postrer tributo de veneración al valiente apóstol de los negros.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.